

CRISTIANDAD

Año XVII - Núm. 352

BARCELONA

Junio 1960

Depto. legal. B. 15.860.-1958

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

EDITORIAL

SAN JUAN DE RIBERA
Roberto Cayuela, S. I.

CONCILIO VATICANO II
Motu Proprio «Superno Dei auto»

NUESTRO LEMA
P. B.

HUMILDAD ONTOLÓGICA
Y ACEPTACIÓN DE LA GRACIA
Jaime Bofill

«EL ÚLTIMO DE LOS JUSTOS»
Pablo López Castellote

EL DOGMA CRISTOLÓGICO
Y EL SAGRADO CORAZÓN
Francisco Canals Vidal

FIESTAS DEL CORPUS
Y DEL SAGRADO CORAZÓN
Juan de Mata Rocasan

PENSAMIENTO RELIGIOSO
DE ISRAEL SEGÚN BEN GOURION
Juan Manuel de Igartua, S. I.

EL LAICISMO
Pastoral colectiva del Episcopado
Italiano

PERSPECTIVAS DE CRISTIANDAD
Jesús Sainz Mazpule

CASAS Y AMIGÓ
Ignacio Agustí

CINE RELIGIOSO
Francisco Salvá Miquel

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 21 27 75

ADMINISTRACIÓN:
Diputación, 302, 2.º - Telf. 22 24 46

Suscripción anual: 150 ptas.
Precio de este núm.: 12 ptas.

REINTEGRACION DEL ORDENAMIENTO JURIDICO

En su mensaje de Navidad de 1942, S. S. Pío XII fijaba así una de las máximas fundamentales para el orden y la pacificación de la sociedad:

«Quien desee que la estrella de la paz nazca y se defenga sobre la vida social, coopere a una profunda reintegración del ordenamiento jurídico.»

«El sentimiento jurídico de nuestros días ha sido frecuentemente alterado y perturbado por la proclamación y la práctica de un positivismo y utilitarismo subordinado y vinculado al servicio de determinados grupos, clases y movimientos, cuyos programas trazan y determinan el camino a la legislación y a la práctica forense.»

«El saneamiento de esta situación resulta posible cuando se despierta la conciencia de un ordenamiento jurídico, basado en el supremo dominio de Dios y al abrigo de todo arbitrio humano; conciencia de un ordenamiento que extienda su mano protectora y vindicativa aun sobre los inviolables derechos del hombre y los proteja contra los ataques de todo poder humano.»

«Del ordenamiento jurídico querido por Dios dimana el inalienable derecho del hombre a la seguridad jurídica y, consiguientemente, a una esfera concreta de derechos, protegida contra todo ataque arbitrario.»

«Las relaciones del hombre para con el hombre, del individuo para con la sociedad, la autoridad y los deberes civiles; las relaciones de la sociedad y de la autoridad para con los particulares, han de colocarse sobre una clara base jurídica y bajo la tutela, si fuere necesario, de la autoridad judicial.»

«Esto supone:

a) Un tribunal y un juez que tomen sus directrices de un derecho claramente formulado y circunscrito.

b) Normas jurídicas claras que no se puedan tergiversar con abusivas apelaciones a un supuesto sentimiento popular o con meras razones de utilidad.

c) El reconocimiento del principio según el cual también el Estado, con sus funcionarios y organizaciones que de él dependen, están obligados a reparar y revocar medidas que lesionen la libertad, la propiedad, el honor, el adelanto y la salud de los individuos.»

SAN JUAN DE RIBERA

El San Carlos Borromeo hispano

No se conocieron de vista; no se trataron de palabra; pero les unió la más santa y ejemplar amistad; y la vida de ambos se consagró al nobilísimo y necesario ideal de llevar a la más perfecta ejecución la gran reforma de la Iglesia en el Concilio de Trento; el uno, San Carlos Borromeo, como Arzobispo de Milán, en la Sede de San Ambrosio; el otro, el nuevo Santo, Juan de Ribera, como Arzobispo de Valencia, en la Sede de San Eutropio y de Santo Tomás de Villanueva.

El amor solícito y providente de Jesucristo a su Esposa, la Santa Iglesia, obró una de sus mayores maravillas con la celebración del Concilio Tridentino. Aunque el camino para su comienzo, continuación y término estuvo erizado de ingentes dificultades, las mayores quizá que ha tenido la Iglesia en toda su Historia para celebrar un Concilio Ecuménico, obró Cristo el gran milagro de allanar todos los obstáculos con tan suave y eficaz providencia, de triunfar de los enemigos con tan plena victoria, y de guiarlo todo con tan maravilloso gobierno de Rey Divino y de Buen Pastor, que nadie, ni aun los que habitan han concebido las más grandes esperanzas, pudo soñar lo que al fin fue, con resultados nunca vistos, la más deseada y necesaria reunión Conciliar de la Historia de la Iglesia.

Con la Sesión XXV (días 3 y 4 de diciembre de 1563), "quedaba terminada la obra del gran Concilio de Trento. Como en las cuestiones dogmáticas, así también en la reforma disciplinar, podemos decir que nunca ningún Concilio había resuelto tantos problemas, ni creado un conjunto de legislación tan completo y acertado" (1).

Mas tras esta maravilla del amor de Cristo a su Iglesia, otra maravilla no menor: "Pero todos estos acertadísimos decretos hubieran sido ineficaces, y se hubieran convertido en letra muerta, si no hubieran venido después hombres providenciales, que con férrea voluntad e indomable energía hubieran procurado llevarlos a la práctica" (2).

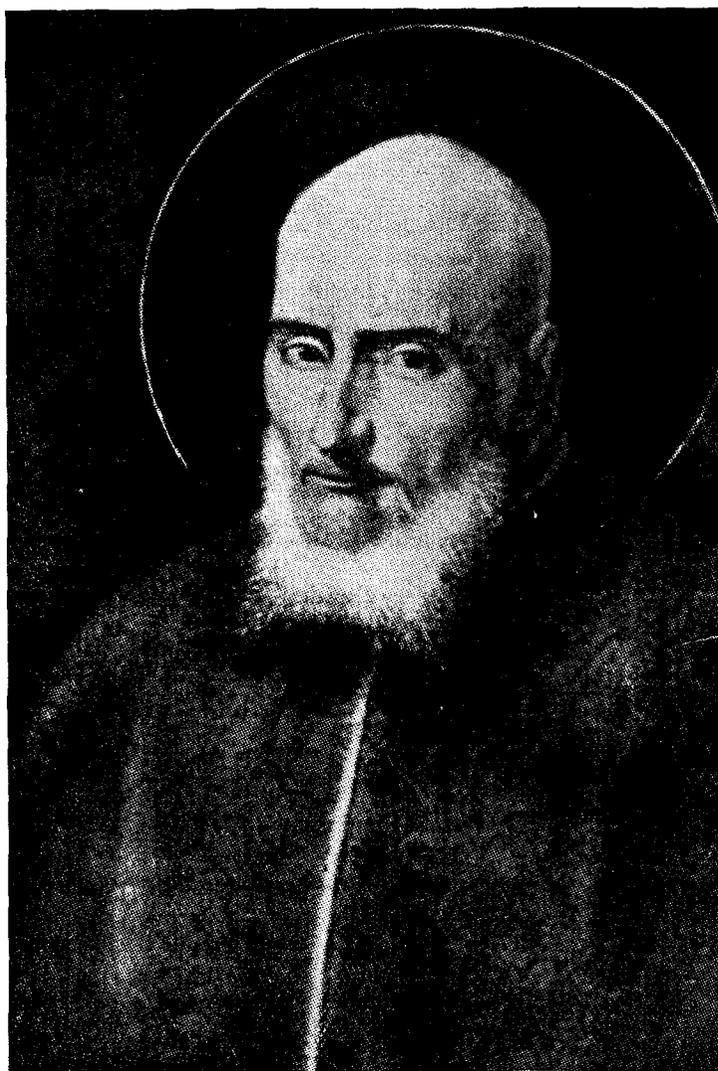
Porque, en verdad, el buen ser, la conservación y la vida próspera de una Sociedad, no consiste en el número y excelencia de sus leyes, sino en que a ellas se amolde la vida entera de sus miembros; en que por el cumplimiento de esas leyes se consiga el fin propio de la Sociedad. Por eso los más insignes Legisladores atienden a que, una vez dadas las leyes y decretos convenientes, se lleven a la práctica por dirigentes y dirigidos. Así lo hizo el Concilio de Trento; y Cristo deparó a su Iglesia lo que era de todo punto necesario: hombres santos, doctos y prudentes que llevasen a una feliz ejecución los decretos conciliares.

Entre ellos, y como muestra y parte principalísima de esta segunda maravilla del amor de Cristo para con su Iglesia, brillan en los tiempos inmediatamente posteriores a Trento dos luces gemelas de parecido fulgor; dos Arzobispos que vivieron para esa dichosísima ejecución. La Historia Eclesiástica describe cómo vivió e hizo vivir la gran Reforma Tridentina San Carlos Borromeo. Fue uno de sus grandes paladines.

Ahora la ocasión gratísima de ser elevado al honor de la canonización el Santo Arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, invita a que veamos, dentro de los límites ceñidos de un artículo, la labor que para el mismo fin, con idéntico espíritu e iguales resultados, desarrolló el que bien se puede llamar "el San Carlos Borromeo Hispano".

Con ajustada y acertadísima expresión lo ha dicho el actual Sucesor del Santo Patriarca, el insigne Arzobispo de Valencia, Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Marcelino Olaechea y

Loizaga, en su alocución radiada sobre la pronta canonización del Beato Juan de Ribera, a través de las emisoras locales, el día 26 de febrero de este año 1960: "El Pontífice, que acaba de convocar el próximo Concilio Ecuménico, va a inscribir en el Catálogo de los Santos, al que encarnó, en su persona y acción pastoral, la Reforma Tridentina de la Iglesia; al OBISPO SEGÚN EL CONCILIO DE TRENTO... "El sabio historiador del gran reformador, Carlos Borromeo, AL AMIGO Y ÉMULO EN SANTIDAD Y CELO



GARANTÍA DE SUPREMA CALIDAD



INDUSTRIAS RIERA - MARSÁ

Trenzas y Cables de Acero

SOCIEDAD ANONIMA

BARCELONA
Paseo de Gracia, 7

MADRID
Edificio «España»

Padró y Casas

Fábrica de paños y novedades

Despacho: Cruz, 31 y 33 - Fábrica: Cruz, 29

Teléfono 1716

SABADELL



Banderas
Estandartes
para Asociaciones religiosas,
entidades, colegios.

Dibujos, bordado. Telas a la
selección de los clientes.

Objetos para el
culto - Imágenes

Almacenes JORBA

MARRESA

NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN

Comunicamos a nuestros lectores
que, habiéndose publicado los in-
dices para el volumen 1958/1959,
al igual que en años anteriores,
nos encargamos de la encuader-
nación de los mismos.

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

BARCELONA (ESPAÑA)

- Revolución y Contrarrevolución**, por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. Ptas. 25
- Lourdes visto por un médico**, por el Dr. Trino Maciá Pons. 112 págs. tamaño 19 x 13,5, con vistosa portada. Ptas. 25
- Actualidad de la Idea de Cristo Rey**, por Redactores de "Cristiandad". Prólogo del Excmo. y Rvdm. señor Arzobispo-Obispo de Barcelona. 144 págs., tamaño 18 x 13. Edición con los grabados de S. S. León XIII, Pío XI y Pío XII. Ptas. 15
- Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón**. Documentos Pontificios. "Annum Sacrum" y "Tametsi futura", de León XIII; "Ubi Arcano", "Quas Primas" y "Miserentissimus Redemptor", de Pío XI, y "Summi Pontificatus", de Pío XII. Prólogo, introducción y notas del P. Hilario Marín, S. I. 446 y 276 páginas, tamaño 18,5 x 14. Edición latino-castellana. Ptas. 45
" castellana. " 30
- Emisaria de Cristo Rey**. Vida de Sor María del Divino Corazón, por el Rvdo. Luis Chasle, Pbro. Prólogo del P. Ramón Orlandis, S. I. 306 páginas, tamaño 18,5 x 14. Ptas. 30
- Soberanía Social de Jesucristo**, por el P. Enrique Ramière, S. I. Traducida por el Dr. José Morgades y Gili, Obispo de Vich y Barcelona. Nueva edición revisada. 248 páginas, tamaño 18,5 x 14. Ptas. 30
- ¿Sabes desde cuándo...?**, por M. L. Suñé. Con más de 80 ilustraciones de Ignacio M.ª Serra Goday y 4 láminas fuera del texto. Edición a 2 tintas. 116 páginas, tamaño 18,5 x 14. Portada a cuatro colores. Ptas. 21
- La conjura revolucionaria del 14 de abril**, por José Oriol Cuffi Canadell y Pablo López Castellote. Prólogo del Excmo. Sr. Conde de Salces de Ebro. 84 páginas, tamaño 19 x 13,5. Ptas. 15
- ¿Espiritualidad nueva?**, por el Excmo. y Rvdm. doctor D. Vicente Enrique y Tarancon, Obispo de Solsona y Secretario del Episcopado Español. 142 páginas, tamaño 19 x 13,5. Ptas. 25
- Anticlericalismo día tras día**, en torno a Aranguren y la autocrítica, por el Rvdo. José Ricart Torrens, de la Comisión diocesana de prensa, radio y publicaciones de Barcelona. Prólogo del Excmo. Sr. Dr. D. José Pont y Gol, Obispo de Segorbe. 142 páginas, tamaño 19 x 13,5. Ptas. 25
- Encrucijada**, Jaime Balmes - Carlos Marx, por Fernando de Sagarra y de Castellarnau. 142 páginas, tamaño 19 x 13,5. Ptas. 25
- La Cruzada de Occidente**, escritos políticos, por Eduardo Conde. Prólogo del P. Ramón Orlandis, S. I. 336 páginas, tamaño 18 x 13. Ptas. 50
- ¿Qué es el comunismo?**, traducción del opúsculo publicado en París por el "Comité d'études sociales et doctrinales". 48 páginas, tamaño 16,5 x 12. Ptas. 4
- Panaya Kapulu**, la casa de la Santísima Virgen en Efeso. Guía publicada con la bendición y aprobación del Excmo. Dr. D. José Descuffi, Arzobispo de Esmirna y Administrador Apostólico de Asia Menor. Contiene varios grabados y planos de la casa de Efeso. 24 páginas, tamaño 16,5 x 12. Ptas. 5
- Anuario de Documentos Pontificios**, colección de cartas, discursos y exhortaciones y mensajes de S. S. Pío XII. Publicados los años 1952, 1953, 1954 y 1955. 350 páginas, con índices completísimos, tamaño 23 x 16. Ptas. 65
- San Pío X**, por Jerónimo Dal-Gal, O.F.M. Conv. Segunda edición. Edición con numerosas fotografías y grabados del Santo. Dist. Herder. 374 págs., tamaño 24 x 17, ed. rústica. Ptas. 120
Encuadernado en tela. " 150
- La Escala de los Seres** o el dinamismo de la perfección, por el Dr. Jaime Bofill y Bofill, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona. 274 págs., tam. 24 x 16, ed. rústica. Ptas. 65
Encuadernado en tela. " 75
- Cristianismo y Revolución**. Los orígenes románticos del catolicismo de izquierdas, por el Dr. Francisco Canals Vidal, catedrático de Filosofía. 196 páginas, tamaño 21,5 x 15,5. Ptas. 60
- Ramón Orlandis, S. I. (1873-1958)**, fundador y director de "Schola Cordis Iesu". Esbozo de su vida y su obra, por redactores de "Cristiandad". 56 páginas, con numerosos grabados, tamaño 22 x 28, edición a tres tintas. Ptas. 25

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

Diputación, 302 - Teléfono 22 24 46 - BARCELONA (España) - Lauria, 15 - Teléfono 21 27 75

PASTORAL, de aquel Cardenal Santo" (3).

"Otro Borromeo", le llamó un ilustre conferenciante (4); y añade: "El sobrino de Pío IV y Juan de Ribera fueron dos almas gemelas, que sin verse, se estimaron. Su acción, intensamente Pastoral, encarna las grandes palpitaciones de la Iglesia post-Tridentina. El joven Prelado atiende solícitamente a su grey; y, simultáneamente, para reformar a las clases dirigentes, y formar a las futuras, se traza unos planes, cuya realización le llevó sus 42 años de Pontificado".

Y es cosa notable que tanto en Roma como en España, cuantos se refieren a este gran acontecimiento de la Iglesia, la canonización del Beato Juan de Ribera, grande, digo, en sí mismo, y mayor aún por las proximidades del anunciado Concilio Euménico Vaticano II, ponen sus ojos en los dos lumináres, el de Milán y el de Valencia, como para elevar después aún más alto sus mismos ojos a Jesucristo, en demanda de la gran gracia de que, tras una fructuosísima celebración del futuro Concilio, depare Él a su Iglesia Prelados como Borromeo y Ribera; ¡tan evidente es la semejanza entre ambos; tan providencial su vida y su labor en llevar a la práctica la Renovación de la Iglesia, que tan acertadamente había establecido y promovido el Concilio de Trento!

La verdadera reforma

El gran Concilio del siglo XVI, al mismo tiempo que fijaba de un modo definitivo la doctrina católica, sobre todo en los dogmas fundamentales de la justificación, el Sacrificio y los Sacramentos, en que tanta confusión habían sembrado los innovadores protestantes, dio las normas fundamentales para una Reforma, verdadera, real y profunda, de la Iglesia Católica.

Y así como los Decretos dogmáticos han sido, y han de seguir siendo, luz divina e indeficiente de la Teología, así también los Decretos disciplinares "de Reformatio-ne", que fue entonces la manera mejor y más eficaz de poner término a la precedente relajación de los siglos anteriores, y de levantar un dique contra la obra demoleadora del protestantismo (5), han sido una de las bases más sólidas para la actual Codificación del Derecho Canónico, y continuarán siendo en lo sucesivo normas sapientísimas de renovado florecimiento de la Iglesia.

Para una ojeada de la magnífica labor del Beato Juan de Ribera, al secundar los planes de Trento y ponerlos en ejecución valiente y decidida, podremos fijarnos en unos cuantos puntos más destacados.

Reformas en las cabezas de la Iglesia

Ya en el capítulo I del Decreto de Reforma de la Sesión VI, se expresaba así en el Concilio: "Resuelto el Sacrosanto Sínodo ... a emprender el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, en tanto grado decaída, y a poner enmienda en las depravadas costumbres del Clero y pueblo cristiano, ha tenido por conveniente *principiar por los que gobiernan las Iglesias mayores*, siendo, como es, verdad fundamental que la probidad de los súbditos pende de la probidad de los que gobiernan".

Conforme a este gran principio, al señalar el Concilio las cualidades que debe poseer el que sea promovido a Dignidades Eclesiásticas, dice en el capítulo 12 del Decreto de Reforma de la Sesión XXIV: "Que sea recomendable por la sabiduría necesaria para el desempeño de sus obligaciones, y por la integridad de sus costumbres". Y en la Sesión XXV, dirigiéndose particularmente a las más altas Dignidades Eclesiásticas, les dice: "Es de desear que las personas que abrazan el ministerio Episcopal conozcan cuál es su obligación, y entiendan que han sido elegidos, no para su propia comodidad, no para disfrutar riquezas y lujo, sino para trabajos y cuidados por la gloria de Dios...; y advierte el Santo Concilio que esto es lo más esencial para que se restablezca la disciplina Eclesiástica;

por lo cual amonesta a todos los Obispos que, meditándolo con frecuencia dentro de sí mismos, demuestren con los hechos y con la conducta de su vida que se conforman a las obligaciones de su dignidad". Y especificando las cosas particulares en que los Prelados deben fijar su atención para obtener una sólida reforma de sí mismos, y con un "menaje sencillo y con una mesa y alimento modesto"; que muestren "sencillez, celo divino y menosprecio de las vanidades".

¿Quién no ve que así fue, al pie de la letra, el nuevo Santo?

"Por eso, una pluma autorizada acaba de recordarnos

CARTILLA Y BREV
instruio de la doctrina Christiana, ordenada per
manament del Illustrísim & Reuerendísim senyor
Don Francisco de Navarra per la diuina gracia
Archebisbe que fonch de Valencia.
Impressa per manament del Illustrísim & Reuerendísim
senyor Don Ioan de Ribera Patriarcha de An-
tiochia, & Archebisbe de Valencia.



Estampada en Valencia, Any M.D.Lxxj.

Venen se à la porta dels Apostols.

(Xilografia 1571)

Portada del Catecismo de la Doctrina Cristiana,
mandado imprimir por San Juan de Ribera, en 1571

que, después de San Carlos Borromeo, es el Patriarca Ribera el segundo entre los cuatro 'por cuyos patronos quiere Fray Luis Granada que se guíen los Prelados de la Cristiandad' (6).

Breve noticia de su vida

Larga fue su vida, pues nace en Sevilla el año 1532, y muere el 1611 durante el reinado del tercer Felipe. Su niñez; su juventud, limpia, sin otro afán que la piedad y el estudio, esas dos alas que levantan a los jóvenes desde el lodo de la tierra hasta la vida santa y apostólica. Realizó en sí mismo lo que era como consigna de aquellos tiempos para servir fielmente a Dios, a la Iglesia y a la Patria: juntar virtud y letras. En lo uno y en lo otro fue eminente. Durante sus estudios en Salamanca cerró la puerta de su corazón a amistades seductoras o ligeras, y supo rodearse de excelentes amigos; con dos de los mejores, nobilísimos como él, entabló santa amistad, y los tres tuvieron correspondencia epistolar con el Beato Maestro Juan de Ávila. Trata con San Francisco de Borja y otros Padres de la Compañía; se deja moldear en la forja de los Ejercicios espirituales de San Ignacio, y toma como director de su alma al insigne Dominico Fr. Domingo de Soto.

Regentaba ya la cátedra de Teología en la "Alma Mater" de Salamanca, cuando Felipe II le presentó para la mitra de Badajoz. Al nombrarle, seis años más tarde, San Pío V, como Patriarca de Antioquia, hace de él este elogio ante los Príncipes de la Iglesia: "es lumbrera de toda España, ejemplo extraordinario de virtud y probidad". El Rey Prudente le presenta para la Metropolitana de Valencia, cuando sólo contaba el Patriarca 36 años.

Y en la Sede, santificada poco antes por Santo Tomás de Villanueva, brilló el nuevo Prelado con más vivos fulgores de santidad y de ciencia.

Su vida era austerísima, su piedad profunda y ardiente. Con el asiduo ejercicio de la oración se unía más y más con Dios, para salir de ella como "Sal de la tierra y Luz del mundo". El que siendo estudiante se hacía despertar a las tres o las cuatro de la madrugada para estudiar, no dejó de prevenir en lo restante de su vida la luz de la aurora, levantándose muy de mañana para orar y estudiar. Cuando Menéndez y Pelayo contempló su Biblioteca exclamó: "Verdaderamente el Beato Juan de Ribera fue un hombre de ciencia" (7).

Así quiso a los Prelados el Concilio Tridentino; y así fue Ribera.

Reforma del clero y de los fieles por el celo pastoral del Obispo

Había dedicado el Concilio de Trento muchos de sus Decretos "de Reformatione" a la más profunda y duradera renovación del Clero, tanto Diocesano como Regular, del Pueblo cristiano, de los altos y de los bajos, de los dirigentes y de los dirigidos. Y tuvo la inspirada precaución de confiar toda esta obra de verdadera Reforma al celo Pastoral de los Prelados. Es que pensaba que ésta sería la mejor medida, el medio más eficaz, ya que los Obispos, por la "gracia de estado", que les confiere la plenitud del Sacerdocio de Cristo, por la autoridad y fuerza divina que les da el nombramiento del Sumo Pontífice, y porque tienen a mano los medios más eficaces para guiar como imitadores del Buen Pastor a su grey, son los llamados por el Señor y por su Santa Iglesia a promover la santidad apostólica en el Clero y la vida netamente cristiana en los fieles.

Como lo entendió y puso en práctica Borromeo en Milán, lo mismo Ribera en Valencia. Se dedicó a todos, vivió para todos; y su obra de renovación fue intensa y extensa, eficaz y duradera.

Fue norma de su actividad Pastoral lo que tan sabiamente había establecido el Concilio en el Decreto 1º de la Sesión XIII: "Acuérdense los Obispos que son Pastores, y no precursores; y que conviene que de tal manera presidan a sus súbditos que no los señoreen, sino que los amen como a hijos y hermanos; y trabajen por apartarlos de las cosas ilícitas, exhortándolos y amonestándolos para que no se vean obligados a refrenarlos con las penas merecidas, si delinquieren; mas si acaeciere que pecasen en algo por la fragilidad humana, increpen con toda bondad y paciencia, puesto que frecuentemente es más poderosa para con el corregido la benevolencia que la dureza, la exhortación que la amenaza, la caridad que la autoridad. Con todo, si por la gravedad del delito, se ha de echar mano del castigo, entonces se ha de unir el rigor con la mansedumbre, el juicio con la misericordia, la severidad con la blandura, para que se guarde sin aspereza la disciplina necesaria y saludable a los pueblos, y se enmienden los que hubieren sido corregidos; y, si no quisiesen enmendarse, los demás se alejen de los vicios con el ejemplo del saludable castigo". Al leer estas palabras, no sabe uno si son más propiamente un Decreto Conciliar o un cuadro vivo del proceder constante del Patriarca.

Y sabiendo el nuevo Santo que uno de los puntos básicos, en que más había insistido el Concilio Tridentino era la "residencia" de los Obispos en sus propias Sedes, como también la Visita Pastoral de sus Diócesis, se atuvo fielmente a ambas normas. Durante sus largos 42 años de Pontificado Valentino se entregó tan por completo a su apostolado Pastoral, que los frutos con que lo bendijo el Señor fueron inmensos, y todavía perduran. Por eso ha podido escribir con plena razón su actual Sucesor: "La solicitud Pastoral del nuevo Santo se extendió a todas las capas y sectores de la sociedad, tan dulce y eficazmente, que, sin exageración, podemos decirlos que aún vive la gran familia Valenciana de aquellas reservas espirituales" (8).

Monumento de su celo y acto de ejemplar obediencia a las prescripciones Tridentinas, fue la fundación que hizo del Colegio y Seminario del Corpus Christi, para la más perfecta formación de los futuros sacerdotes. El mismo Fundador dejó manuscritas las Constituciones de su Colegio y Seminario, y campean en ellas la unción del espíritu y la sabiduría legislativa.

Sus pláticas y cartas a los sacerdotes, sus sermones y los Sínodos que celebró muestran con la elocuencia de los hechos cuán de veras se había consagrado a la instrucción y santificación de su Clero, según las normas del Tridentino; y las orientaciones pastorales que daba a su Clero son tan prudentes, acertadas y prácticas, que con ellas se puede formar un Breviario de acción Pastoral.

Y como las leyes Tridentinas relativas a la instrucción religiosa del Pueblo, a la práctica del Culto divino y a la recepción de los Sacramentos, habían sido los principales medios adoptados por el Concilio para la reforma de los fieles en la fe y vida cristiana, a todo ello se dedicó el Patriarca con infatigable celo. Manda imprimir un buen Catecismo de la Doctrina cristiana; compone él mismo un Catecismo para combatir la doctrina de Mahoma y atraer a los moriscos al conocimiento y amor de su Redentor; organiza Misiones, estudiando previamente las horas, duración y materias, y escogiendo los religiosos de más acreditado celo apostólico (9).

Reforma por la devoción a la Inmaculada Virgen María, y por el culto a la Santísima Eucaristía

Al final del Decreto sobre el pecado original, había proclamado el Concilio de Trento, en su Sesión V, lo que por

entonces era prudente decir sobre la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, y que fue un gran paso y abrió horizontes nuevos para preparar la definición del Dogma: "Declara, sin embargo, este mismo Santo Concilio que no es intención suya comprender en este Decreto, en que se trata del pecado original, a la Bienaventurada e Inmaculada Virgen María". Y en la Sesión XXV, contra el error protestante, decretaba el Concilio "que deben tenerse y conservarse, señaladamente en los templos, las imágenes de Cristo, de la Virgen Madre de Dios y de los otros Santos, y tributárseles el debido honor y veneración".

¡Con qué ardimiento y constancia se esforzó el Patriarca Juan de Ribera por secundar los planes y decisiones del Concilio, en orden a llevar más eficaz y suavemente las almas por la Virgen al Divino Salvador!

Devotísimo como había sido desde su niñez de la Madre de Dios y Madre de los hombres, fue un paladín esforzado de la causa que defendía la limpia y pura Concepción de María. Aprobó la Cofradía de la Inmaculada en Valencia, asociación acogida con tanto entusiasmo, que en un solo día se apuntaron en ella 2.000 personas; y al aprobarla, escribía: "Nos, desde nuestra niñez, hemos sido y somos muy devotos de la Purísima Concepción"; y por ello la celebraba en sermones y escritos, y la saludaba con dulces invocaciones.

Al iniciar su Pontificado en Valencia, se dio cuenta de que la advocación de María como Madre de los Desamparados, tenía entre Clero y fieles mucho arraigo; y vio claramente que si esta devoción se avivaba, se encauzaba y se hacía servir a la causa de la Reforma, tendría una inmensa eficiencia. Lo vio con visión de Santo y de Apóstol Reformador; y puso todo el fervor de su alma enamorada de la Virgen para lograr que así fuese. Dio un vigoroso impulso a esta devoción; y aún la fue transformando con lenta y prudente decisión, para que llegase a ser un gran medio de vida cristiana.

Finalmente, muy conocidos son los Decretos de Trento sobre la Sagrada Eucaristía, tanto en lo que se refiere al Sacrificio como por lo que hace al Sacramento; y lo mismo en el aspecto dogmático que en el disciplinar. Fue toda una innovación felicísima, de donde arrancaron los grandes movimientos Eucarísticos de nuestros tiempos.

Y aquí sí que la ciencia y la piedad, la obediencia y el celo pastoral se unieron maravillosamente para lograr que se reformase sólida y fructuosamente toda la vida cristia-

na, al tener todos como Centro de ella el gran Misterio Eucarístico.

Más clara que la luz del día es esta gloria del Patriarca; por ella es conocido y ensalzado más que por ninguna otra. Serafín y Apóstol en el amor a Jesús Sacramentado, al verse hecho Pastor de almas, no tuvo mayor empeño que en conducir a su grey a la Fuente de toda santidad y a los Pastos Eucarísticos, con que se nutre la vida divina de la gracia, para vivir los cristianos como Cristo. En su labor de catequesis, en sus sermones, en sus Cartas Pastorales, en los Sínodos que celebró, el tema principal fue la Eucaristía y la participación de los fieles en el Sacrificio y en el Sacramento. Se adelantó a su tiempo; quiso que su institución predilecta, el Colegio-Seminario para la formación del Clero se llamase CORPUS CHRISTI; e infundió tal devoción a la Eucaristía entre todos los que formaban su dichosa grey, que los sencillos y los niños le saludaban por las calles: "¡Señor Patriarca! ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento" (10).

Por los días venturosos de la Canonización, tendremos la grata sorpresa de la publicación de una excelente Vida del nuevo Santo, debida a la docta pluma del Rvdo. señor D. Ramón Robres, Pbro., Doctor en Historia Eclesiástica por la Universidad Gregoriana, Profesor del Seminario Metropolitano y del Instituto "Sedes Sapientiae" Valentino, para Religiosas. Sirvan las modestas líneas de este artículo como de invitación y estímulo para ir a beber, en las claras y seguras fuentes de la deseada obra, el conocimiento, el aprecio, la admiración y la imitación de este Bienaventurado Varón, en cuya vida y apostolado Pastoral se refleja y se hace Faro conductor de vida cristiana la más pura luz de Trento.

Y ya que providencialmente es elevado a los supremos honores de los Santos este gran ejecutor de la Reforma Tridentina, en vísperas de la celebración del anunciado Concilio Ecuménico; ahora cuando toda la Iglesia levanta como perpetua Orante su corazón al Cielo para alcanzar del Señor la más acertada y eficaz realización de los altos designios de Su Santidad el Papa Juan XXIII al convocar el Concilio Vaticano II; roguemos también todos al Divino Fundador de la Iglesia, Jesucristo, nuestra Vida y todo nuestro Bien, que, terminado el Concilio, dé a su Iglesia, para llevar a la fiel y completa ejecución de la obra del Concilio, hombres santos, doctos y prudentes, y singularmente Prelados, grandes Pastores de almas, como San Carlos Borromeo y San Juan de Ribera.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Valencia, en la canonización del Santo Arzobispo, junio 1960.

(1) Bernardino Llorca, S. I.: "La reforma disciplinar de la Iglesia"; Razón y Fe, año 45, enero de 1945, número dedicado al IV Centenario del Concilio de Trento, p. 113.

(2) *Ibid.*, p. 114.

(3) Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia: 1.º de marzo de 1960, p. 58.

(4) Vicente Castell Maiques, Pbro.: Lección inaugural del curso 1958-1959 en el Instituto "Sedes Sapientiae" Valentino, "El Beato Juan de Ribera y los Estudios Eclesiásticos"; Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia, 15 de diciembre de 1958, p. 503.

(5) Cfr. Bernardino Llorca, S. I.: l. c., p. 102.

(6) Alvaro Huerga, O. P.: "Fr. Luis de Granada y San Carlos Borromeo: una gran amistad al servicio de la reforma de la Iglesia Católica"; Hispania Sacra, 11 (1958), p. 329; en la Carta Pastoral del Señor Arzobispo de Valencia, con motivo de la próxima Canonización del Beato Juan de Ribera; Boletín Oficial del Arzobispado, 1.º de marzo de 1960, p. 92.

(7) Cfr. Castell: l. c.

(8) Pastoral citada, p. 64.

(9) Cfr. p. 88 de la misma Pastoral.

(10) Y pp. 81 a la 85, de la misma.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Julio - 1960

GENERAL: Que se oponga con firmeza la verdad cristiana a los fraudes e impiedades de los enemigos de Dios.

MISIONAL: Que las grandes misiones en América española tengan efectos profundos y permanentes.



El Papa, en su biblioteca privada, anunciando a los Cardenales su decisión de proceder a la institución de las Comisiones Preparatorias del Concilio

CONCILIO ECUMENICO VATICANO II

INSTITUCION DE LAS COMISIONES PREPARATORIAS

Motu Proprio «Superno Dei nuto»

“Inspiración del Altísimo nos parece el pensamiento que desde el principio de nuestro pontificado brotó en nuestra mente, como flor de primavera imprevista, de convocar un Concilio Ecuménico. En efecto, con esta solemne asamblea de obispos en torno al Pontífice romano, la Iglesia, amada esposa de Cristo, puede adquirir en estos agitados tiempos un nuevo y mayor resplandor, y respecto de los que, gloriándose del nombre de cristianos, viven, con todo, separados de esta Sede Apostólica, brilla de nuevo la esperanza de que, oyendo la voz del Divino Pastor, vengan a la única Iglesia de Cristo.

LABOR REALIZADA

Por eso, el 25 de enero de 1959, en la fiesta de la Conversión de San Pablo apóstol, después de haber asistido a los sagrados ritos, en la Basílica Ostiense, manifestamos nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico al Sacro Colegio Cardenalicio, que lo acogió con expresiones de júbilo y de fervorosos deos. Más adelante el 17 de mayo, siguiente, en la fiesta de Pentecostés, para que los primeros trabajos se ejecutasen con solicitud y diligencia, nombramos una Comisión antepreparatoria del Concilio Ecuménico, compuesta de prelados muy escogidos de la Curia Romana y presidida por nuestro querido hijo, el cardenal Domingo Tardini, nuestro secretario de Estado.

En nuestra primera carta encíclica especificamos que el Concilio Ecuménico se celebraba con el fin principal de “promover el incremento de la fe católica y una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano, y de adaptar la disciplina eclesiástica a las necesidades de nuestro tiempo. Esto constituirá a no dudarlo, un espectáculo tan maravilloso de verdad de unidad y de caridad, que su vista aun para los que se separaron de esta sede apostólica será una suave invitación, como lo esperamos, a buscar y encontrar la unidad por la cual Jesucristo dirigió a su Padre Celestial tan ardiente súplica.” (Enc. Ad Petri Cathedram, 29 de junio de 1959, a li. pág. 511.)

Determinamos, además, que, por la sede en la cual se celebraría, el futuro Concilio se denominase Vaticano segundo.

LABOR DE LA COMISIÓN ANTEPREPARATORIA

La comisión antepreparatoria ha llevado a cabo con suma diligencia el encargo que Nos le confiamos. Se ha puesto en contacto con el Episcopado para recibir sus consejos y sugerencias acerca de las materias de que se ha de tratar en el concilio, y después de haber ordenado cuidadosamente el material contenido en las dos mil y más respuestas enviadas por obispos y prelados con expresiones de regocijo y felicitación, lo ha puesto e nconocimiento de las Sagradas Congregaciones de la curia romana, que han podido utilizarlo con gran provecho en la elaboración de las proposiciones que nos han presentado. Además, las Universidades de estudios eclesiásticos y católicos, movidas por un celo semejante, han presentado votos y estudios sobre asuntos que serán de gran utilidad para la Iglesia.

Nos mismo hemos seguido estos trabajos de investigación, realizados con cuidado y dilicia y nos hemos reservado el examinar personalmente con la mayor atención las sugerencias y consejos de los obispos, las proposiciones de las sagradas congregaciones de la curia romana y los estudios de las Universidades. Damos, pues, al Señor vivísimas gracias porque a nuestro propósito ha correspondido un trabajo tan generoso y ferviente de nuestros venerables hermanos y queridos hijos.

Ya del material tan abundantemente recogido, aparece claramente de qué asuntos debe ocuparse el próximo Concilio Ecuménico para el bien de la Iglesia y para la salud de las almas. Ha llegado, pues, el momento de proceder, con la ayuda de Dios, a la constitución de las comisiones que deben atender al estudio de las materias que podrán tratarse en el Concilio. Estarán compuestas de cardenales, obispos y eclesiásticos insignes en virtud y doctrina, así del clero secular como del regular, escogidos en las diversas partes del mundo, para que aun en esto brille lacatolicidad de la Iglesia.

COMISIONES PREPARATORIAS

Así que, con el presente "motu proprio", establecemos:

1.º Para preparar el Concilio Ecuménico "Vaticano II" se constituyen las comisiones preparatorias, con el fin de estudiar los asuntos escogidos por Nos a la vista de los votos de los obispos y las proposiciones de las Sagradas Congregaciones de la Curia Romana.

2.º Según sus exigencias, cada comisión podrá dividirse en secciones o subcomisiones.

3.º Cada comisión tendrá un presidente y cierto número de miembros. El presidente será un cardenal. Los miembros serán escogidos entre los obispos y eclesiásticos ilustres.

4.º Se agregarán a cada comisión algunos consultores escogidos entre gente experta.

5.º Cada comisión tendrá su secretario.

6.º Los presidentes y los miembros de cada comisión, como también los consultores y el secretario, serán escogidos por Nos.

7.º Se han constituido diez comisiones y, si fuere necesario, podrán constituirse otras, con nuestros beneplácito. Las comisiones, pues, son las siguientes:

a) Comisión teológica, encargada de examinar las cuestiones que rozan con la Sagrada Escritura, la Sagrada Tradición, la Fe y las costumbres.

b) Comisión de los Obispos y del Gobierno de las diócesis.

c) Comisión para la disciplina del clero y pueblo cristiano.

d) Comisión de las órdenes religiosas.

e) Comisión de la disciplina sacramental.

f) Comisión de la liturgia.

g) Comisión de los estudios y de los seminarios.

h) Comisión para las iglesias orientales.

i) Comisión para las misiones.

j) Comisión del apostolado de los laicos, para todas las cuestiones relativas a la Acción Católica, religiosa y social.

8.º Se instituye además un secretariado para tratar de las cuestiones tocantes a los medios modernos de difusión del pensamiento (Prensa, radio, televisión, cine, etc.); este secretariado estará dirigido por un prelado nombrado por Nos y tendrá miembros y consultores igualmente nombrados por Nos.

9.º Demostrando nuestro amor y benevolencia hacia los que se llaman cristianos pero están separados de esta Sede Apostólica, para que también ellos puedan seguir los trabajos del Concilio

y encontrar más fácilmente el camino para alcanzar la unidad por la cual Jesucristo dirigió al Padre celestial tan ardiente súplica, instituímos un "consejo" o secretariado especial, presidido por un cardenal, escogido por Nos, y organizado como se ha dicho de las comisiones.

COMISIÓN CENTRAL

10. Finalmente se instituye una Comisión Central que Nos mismo presidiremos, personalmente o por un cardenal de nuestra designación.

Miembros de la comisión central serán los presidentes de cada comisión, algunos otros cardenales y algunos obispos de las diversas partes del mundo.

11. A la comisión central se agregarán cierto número de consejeros escogidos entre los obispos e insignes eclesiásticos.

12. La comisión central tendrá su secretario, que será secretario general.

13. Los miembros de la comisión central, como también los consejeros y secretario general, serán escogidos por nuestra autoridad.

14. La comisión central tiene la misión de seguir y coordinar, si fuera necesario, los trabajos de cada una de las comisiones, de cuyas conclusiones nos dará una relación, para que podamos establecer los asuntos de que se ha de tratar en el Concilio Ecuménico.

A la comisión central le corresponde, además, proponer las normas relativas al desarrollo del futuro Concilio.

15. Finalmente, para proveer la parte económica y técnicas de la celebración del Concilio, serán constituidos los convenientes secretariados.

Todo lo que en esta materia hemos creído útil establecer, queremos y ordenamos que permanezca firme y decidido, así como ha sido establecido, en su totalidad y en cada una de sus partes, sin que obste ninguna cosa contraria.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 5 de junio de nuestro pontificado. Juan XXIII, Papa.
junio, Fiesta de Pentecostés, del año 1960, se-



Al día siguiente de haberse publicado este *Motu proprio* se hicieron públicos los nombramientos de presidentes de las comisiones que se instituyen.

El Cardenal Alfredo Ottaviani, secretario de la Suprema Congregación del Santo Oficio, preside la Comisión Teológica.

La Comisión de los Obispos y del Gobierno de las Diócesis está presidida por el Cardenal Marcelo Mimmi, secretario de la Congregación Consistorial.

La presidencia de la Comisión para la disciplina del clero y del pueblo cristianos está confiada al Cardenal Pedro Ciriaci, prefecto de la Congregación del Concilio.

El Cardenal Valerio Valeri, prefecto de la Congregación de Religiosos, preside la Comisión de las Ordenes Religiosas.

La Comisión de la disciplina sacramental está presidida por el Cardenal Benito Aloisi Masella, prefecto de la Congregación de Sacramentos.

La Comisión de la liturgia tiene como presidente al Cardenal Cayetano Cicognani, prefecto de la Congregación de Ritos.

La presidencia de la Comisión de los Estudios y de los Seminarios la ostenta el Cardenal José Pizzardo, prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades.

El Cardenal Amleto Cicognani, secretario de la Congregación de la Iglesia Oriental, preside la Comisión para las Iglesias Orientales.

El prefecto de la Congregación para la Propagación de la Fe, Cardenal Gregorio Pedro Agagianian, Patriarca de los Armenios, preside la Comisión para las Misiones.

La Comisión del apostolado de los laicos está presidida por el Cardenal Fernando Cento.

Finalmente, el Consejo dedicado a los cristianos disidentes está presidido por el Cardenal Agustín Bea, de la Compañía de Jesús.

También ha sido hecho público el nombramiento de Mons. Pericles Felici como Secretario General de la Comisión Central del Concilio Ecuménico.

NUESTRO LEMA

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

* * *

Nuestra época parece que está cosechando los frutos postreros, tocando las últimas consecuencias de un *humanismo naturalista*, cuyas ilusiones pacifistas van esfumándose cada día al contacto con la dura realidad.

Al conñado bienestar de la “belle époque” siguió la Guerra Europea y la Revolución Rusa. Al optimismo pacifista de los años veinte (Ginebra, Locarno, pacto Kellogg...) sucedieron los “totalitarismos nacionalistas” y la 2.ª Guerra. A ésta, el “telón de acero”, la carrera de las armas nucleares, la precaria paz del miedo... Cuanto más nos empeñamos en resolver los problemas humanos con medios puramente humanos, más difícil se hace la convivencia de los hombres y de los pueblos, más la fuerza prevalece sobre el derecho, más se aleja de nosotros la paz.

¿Cómo romperá el hombre este círculo vicioso de su impotencia? Aun concretado el problema al ámbito histórico-social, prescindiendo del humano individual, esta situación devine desesperante. Sartre, Camús y tantos otros son exponentes de ello. Nuestra naturaleza encerrada en sí misma carece de explicación y sentido.

A romper este círculo, a remediar esta situación ha venido la Encarnación del Hijo de Dios y la vida sobrenatural que la Encarnación ha instaurado en el mundo... Frente al “humanismo naturalista”, el “humanismo sobrenatural”; frente al laicismo, el Reino de Cristo (1).

Cierto que este “humanismo sobrenatural” ha sido hasta hoy rechazado, más o menos radicalmente, de la vida pública, por los pueblos “dirigentes”, los “grandes” del mundo como hoy se los llama: la Europa occidental primero, América y Rusia después... Pero no olvidemos que *Dios lo puede todo: como la felicidad y la suerte de los pueblos, tiene también en sus manos los humanos consejos, y dulcemente los inclina a donde Él quiere. Para su omnipotencia, aun los obstáculos son medios con que plasmar las cosas y los acontecimientos y dirigir las mentes y el libre albedrío a sus altísimos fines* (2).

En los orígenes históricos de los poderes temporales priva casi siempre la violencia, la fuerza material, la ley del más fuerte. Un reino — no temporal, sino espiritual — ha venido empero a quebrar esta constante histórica: el Reino sobrenatural de Cristo. Éste, en efecto, tiene su origen histórico en un supremo acto de amor. A su realeza por derecho nativo, basada en la unión hipostática, quiso unir Cristo su realeza por derecho de conquista, mas no por un acto de su omnipotencia, sino por un puro acto de amor: su muerte en cruz.

Y un reino que nace y se nos da por amor no puede instaurarse sino por amor. He ahí la razón, el porqué de nuestro lema: “*Al reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María*”, que obedece a una razón de congruencia, tanto como a un designio providencial: “*Reinaré a pesar de mis enemigos*” (Paray-le-Monial, 1685...).

“*Pero al fin mi Inmaculado Corazón triunfará*” (Fátima, 13 julio 1917).

Dios quiere que la instauración del Reino de Cristo, es decir la aceptación por los individuos, las familias y los pueblos del “yugo suavísimo de su Amor” venga por la devoción a su Corazón y al Inmaculado Corazón de su Madre. Y éste es el sentido de las consagraciones de la Iglesia y del género humano, por León XIII y por Pío XII, a dichos Corazones:

“...*así como al Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositando en Él toda su confianza, fuese Él para ellos señal y prenda de victoria y salvación; así igualmente, nos consagramos perpetuamente a Ti, a tu Corazón Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del Mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios...*” (3).

Con ocasión de la próxima festividad del Sagrado Corazón, dedicamos la parte central de este número a exponer algunos aspectos de esta devoción.

P. B.

(1) Vea el lector la Pastoral colectiva del Episcopado italiano sobre el “laicismo”, cuya publicación iniciamos en el presente número.

(2) Pío XII, Enc. “Summi Pontificatus”.

(3) Pío XII, Consagración del género humano al Inmaculado Corazón de María.

Humildad ontológica y aceptación de la gracia

“De theologia quippe, quam naturalem vocant, non cum quislibet hominibus, sed cum philosophis est habenda collatio: quorum ipsum nomen, si latine interpretetur, amorem sapientiae profitetur. Porro si sapientia Deus est, per quem facta sunt omnia, sicut divina auctoritas veritasque monstravit, verus philosophus est amator Dei”.

De Civitate Dei. VIII, c. 1.

Dios se ha manifestado al hombre por una doble vía: natural y sobrenatural. Distinguir exactamente, por una parte, estos dos niveles del conocimiento de Dios; pero mostrar, por otra, el modo de continuidad que los enlaza, es tarea fundamental del pensamiento cristiano, especialmente urgente en nuestros días.

La fe es un modo sobrenatural de conocer que tiene, sin embargo, a la razón natural por sujeto. Por la razón abraza, en efecto, el hombre, la fe. Ya se comprende que este abrazar la fe no puede consistir de ningún modo en la aceptación de algo irracional, pues nada podría constreñir a la razón a dar ese paso. Todavía han concedido demasiado los autores que han transigido en considerar la fe “como un yugo penoso para la razón”. Ni, todavía, es posible considerar la aceptación de la fe como la admisión por parte de la razón de unos datos de suyo indiferentes a sus propias, constitutivas exigencias; la fe, por el contrario, viene a potenciar intrínsecamente a la razón, *desbordándola en la dirección misma que la constituye*. La razón se negaría a sí misma, cayendo en la contradicción “trascendental” que opone lo explícito a lo implícito, si se negara a aceptar la fe, en el supuesto que este modo de conocer a Dios, por participación confidencial de su propia intuición beatificante, le haya sido efectivamente ofrecido. Pues el don de la fe conmueve a la razón desde su raíz misma.

No es lícito disociar la razón de la vida interior del espíritu. El movimiento de la razón, en efecto, debe ser comprendido como el proceso de maduración de un espíritu cuya vida interior se nutre por asimilación del orden objetivo del ser: “*totus ordo universi et causarum eius*”. Este orden está potencialmente prefigurado en la razón misma bajo el doble “a priori” de los primeros principios y de su innata avidez por saber. Al impulso de esta doble exigencia — formal y dinámica —, el proceso racional se inicia excitado por la estructura paradójica — “perfectio imperfecta” — de las realidades que la experiencia le ofrece. El nivel más elemental y obvio de la paradoja del ente finito — lo primero que atrae sobre él nuestro mirar interrogativo — es su movilidad.

Ahora bien: el proceso racional puede discurrir en un doble sentido: el primero, horizontal, es el de la ciencia; el segundo, ascendente, el de la metafísica. Esta implica un *cambio interior de nivel* en la consideración de las cosas, cuyo resultado va a ser, no precisamente que la paradoja del ente móvil se desvanezca, sino todo lo contrario: que sea conducida hasta el límite mismo por el que la metafísica en definitiva se define: en términos de Ser y

de Nada. Se ha revelado el mundo a la mente en su constitutiva *contingencia*.

Privada la realidad mundana de la absolutez aparente que reviste para el hombre cuando la considera desde un nivel mental inferior, le aparecerá, esta realidad, como necesariamente fundamentada en un Principio de cuyo apoyo actual recibe *toda* su consistencias ontológica. Ha surgido la idea de Dios, “Principio y Fin de todas las cosas”, junto con la certidumbre de Su existencia. Sospechemos bien, sin embargo, lo que ello significa para la mente y para la razón: *el estar, en adelante, polarizadas hacia lo absolutamente Trascendente*.

Ha sido un progreso terminológico nada accidental de la metafísica contemporánea el uso de términos personales para referirse a Dios. El lenguaje medieval iba frenado, en este punto, por el riesgo de introducir confusiones gravísimas, al entrar de por medio el Misterio Trinitario, cuya correcta formulación teológica había sido tan arduamente conquistada. Y ciertamente, aplicado al Dios Uno, el nombre de “Persona” es inexacto. Pero inexactitud no es error: no implica error, en efecto, la inevitable vaguedad e inconcreción que afecta a *todo* concepto humano cuando se aplica a designar la Divinidad. En este supuesto, la eventual Revelación de la Intimidad Divina prolongaría el movimiento natural de la razón, confiándole el secreto de su Personalidad, realizada en una Relatividad Trinitaria que desborda toda posible comprensión por parte de una mente finita.

Importa, pues, sobremanera que la razón natural, al referirse a Dios (sea en términos ontológicos naturales, sea en los términos del lenguaje interpersonal) evite cuidadosamente toda subrepticia proyección sobre Dios del modo finito como tales conceptos se realizan en el ámbito de nuestra experiencia; modo del que ninguna “abstracción” puede despojarles, así que se intenta un uso objetivo de los mismos. En otras palabras: que respete *efectivamente*, por lo menos en su “profundior intentio”, al referirse a Dios, *el Misterio de su absoluta Trascendencia*.

Supuestas las anteriores aclaraciones, nos parece fuera de duda lo afirmado: que la reintroducción en el lenguaje metafísico de términos personales para referirnos a Dios constituye un progreso. Pues en este momento, el “tratar de Dios” en que el movimiento racional como tal consiste, se completa en un “tratar con Dios”, en que consiste el movimiento espiritual de la religiosidad. Tan sólo así la disociación de que hablamos al principio puede ser superada.

El trato con Dios, en el orden natural, es el de un *total anonadamiento* ante la Majestad de su Presencia. Su Nombre es Inefable. La relación con el "Tú" divino al nivel de la razón natural podría ejemplificarse, nos parece, en el temor reverencial del pueblo de Israel bajo la economía de la ley del Sinaí. Sin embargo, no está ejemplificada en toda su pureza: de una parte, en efecto, la noción de Dios y la religiosidad correlativa tendían a contaminarse de continuo, sea con las aberraciones groseras de la idolatría gentilicia, sea con la aberración sutil de pretender encerrar a Dios en una limitativa "correlación" con su pueblo, al amparo de los derechos nacidos de la Promesa. Por el otro extremo, en cambio, el "Tú" que en el Sinaí se revela a Moisés bajo el nombre mismo de "Ser" en que la metafísica culmina, preludia ya la introducción en la intimidad del Padre, por la incorporación al Hijo y el don del Espíritu Santo, que, en la plenitud de los tiempos, brindará Dios a todo el linaje humano.

Si pretendiésemos aislar de la noción natural de Dios y de la religiosidad consiguiente estos dos elementos: inferior y superior, que forman de hecho cuerpo con ellas, no ya desde el Sinaí, sino desde el mismo Paraíso, nos parece que debería conjugarse a fondo, de una parte, la ordenación intencional a lo Infinito y Absoluto que constituye a la razón y debería librarla de todo finitismo con la *humildad ontológica* que salvaguarda, en cambio, el carácter *rigurosamente sobrenatural* de todo posible trato directo con Dios. Si se toma plena conciencia de este segundo elemento, nos parece que nos veríamos forzados a admitir que *la posibilidad positiva de la Revelación, precisamente por introducirnos ella en lo sobrenatural, no se inaugura sino con la Revelación misma*. De suyo, en efecto, la criatura prorrumpirá irremediablemente en aquel "aléjate de mí" que resuena de boca en boca, a lo largo de los siglos, siempre que el hombre ha tenido conciencia de su indignidad frente a Dios. La sola idea de una posible intimidad personal con Él aparecería necesariamente a la persona finita como una intolerable blasfemia, que merecería, como réplica, un inmediato aniquilamiento. Lo mismo que el orgullo, bien que por modo opuesto, también la humildad sitúa a la criatura dentro de los límites de su propia finitud. En este supuesto, la idea de Dios no puede constituir *nunca*, para la razón, un concepto en cuya virtud su sistema se cierre en adelante sobre sí mismo en una acabada racionalidad; ni la religión puede ser *nunca* un elemento del total comportamiento humano, en cuya virtud la vida sea, en adelante, segura. Al contrario. La noción de Dios tiene la totalidad del pensamiento racional suspendida del Misterio sobre el abismo de la contradicción, como la religión tiene suspendida toda la vida humana de la libérrima Providencia divina, sobre la infinita inseguridad de la Nada. Todo otro modo de concebir la relación de la criatura finita con Dios equivaldría a querer someterle, en definitiva, a la potestad del hombre, forzando su Presencia. Pero lo mismo que la negación de Dios, la Presencia de Dios es aniquiladora, si no se ofrece libérrimamente a Sí misma como supremamente confortante. La acción con-

fortante de la Presencia divina para que una relación de intimidad con Dios resulte posible a la criatura, no es otra cosa que la Gracia.

La gratuidad de la Gracia quedaría comprometida, no sólo, nos parece, por la doctrina que atribuyese a la criatura cualquier tipo de exigencia a su respecto, sino incluso por aquella que postulara su posibilidad. *La posibilidad misma de la Gracia, pertenece ya, en efecto, al orden sobrenatural*: tiene tan sólo en el Ser de Dios su apoyo. Y sin embargo, la humildad ontológica que mantiene a la criatura en la conciencia de su infinita distancia con respecto a Dios, la mantiene en una plena disponibilidad y abandono con respecto a su beneplácito: con respecto, en consecuencia, a la Gracia y al orden Sobrenatural mismos *de serle efectivamente ofrecidos* por la suprema e incomprensible Liberalidad divina. La apertura del orden ontológico al orden sobrenatural, precisamente por tratarse de relaciones personales, no se agota en la línea de la esencia, sino que incluye una dimensión de historicidad, en el sentido muy profundo que la palabra ha alcanzado en la ontología contemporánea.

La razón pecaría mortalmente, no sólo contra Dios, sino también contra sí misma, si rehusara pedir y aceptar la Gracia de Unión, *una vez le conste haberle sido efectivamente ofrecida*. Su autonegación la afectaría en las dos dimensiones, intencional y entitativa que la constituyen. Pues por su finitud entitativa debe someterse totalmente a la voluntad divina, *sea lo que sea*; pero debe aceptarla también en fuerza de su infinitud intencional, dado que la aceptación de la voluntad de Dios *no puede ser limitativa*. Dios no puede entrar en concurrencia con sus aspiraciones infinitas, puesto que es su Fundamento.

Aceptando, la razón natural entrará desde el fondo de sí misma en la dialéctica del Sacrificio: "Verum Sacrificium est omne opus, quod agitur, ut sancta societate inhaeramus Deo" (De Viv. Dei, X, c. 6); es la plenitud de sí asegurada por la negación de sí. Por el contrario, si la razón se afirma a sí misma, negándose a perderse en el Seno del amor divino, incidirá entonces en el modo más profundo de absurdo: el que atañe, no sólo al contenido de la razón, sino a la razón misma como origen de todo contenido: en aquella dimensión suya primitiva que el pensamiento moderno ha denominado "trascendental". Sólo por una positiva opción esta autonegación de la razón puede ser realizada. *La opción por el absurdo es una rebelión*.

No en fuerza de algún suceso extrínseco a su naturaleza, sino desde la raíz de sí misma, será en adelante imponente la razón humana para pacificarse a sí misma en la negación de la Gracia. Fuera de la gracia, no es posible, en adelante, la "ordinata concordia", en que consiste la paz. El pecado original no es tal, únicamente por haber tenido lugar en el principio de los tiempos, sino también por estar en la raíz de todo pecado, cuando el hombre se niega al don de Dios por el quebrantamiento de su precepto.

Sólo en la misma Gracia hay remedio para el repudio de la Gracia. Es el misterio reparador de la Redención. Nuevamente, *la posibilidad de la Redención se inaugura con la Redención misma*, pues sólo en ella tiene consistencia la promesa en que, desde el mismo Paraíso, se anticipa. Lo que era, en un primer momento, sobreelevación, es también curación y saneamiento después del absurdo y la rebelión de la Caída. La posibilidad de una penitencia eficaz en el orden de la gracia, una vez rechazada la Gracia, vuelve a ser inaugurada por la Gracia misma. La esperanza del mundo rebelde está tan sólo en aquella Gracia de la penitencia ("metanoia"; cambio de pensar, en los criterios directivos de la vida, y aceptación del sacrificio reparador). La Gracia de la penitencia tiene su origen en el abandono de la Cruz.

Esperar en esta Gracia contra toda esperanza, por razón

de la Gracia misma; he ahí el último refugio de un hombre a un tiempo sobreelevado y rebelde. El horror del mundo moderno es que se niega a su propia reparación.

En este momento, la mediación del Cristiano ("alter Christus") inscrita en la universal mediación de la Iglesia en quien Cristo revive, aparece como absolutamente necesaria: *Ella debe aceptar en nombre del mundo el "suave yugo" a que se le invita desde el Corazón del Crucificado, aceptando participar en la Reparación. La aceptación de la Iglesia en el escándalo, para el mundo, de su Crucifixión por el mundo.* He ahí el último, el definitivo testimonio: la Crucifixión de Cristo en su Iglesia. Este testimonio clama a voces en el mundo moderno, que ha repetido la hazaña de la Crucifixión, negándose a ser Reparado.

La interna dialéctica de la razón y de la historia humana está tocando a su límite absoluto.

Jaime BOFILL

Catedrático de Metafísica
Universidad de Barcelona.

"EL ULTIMO DE LOS JUSTOS"

«...era el año 1933 después de la venida de Jesús, buen mensajero del amor imposible». (A. Swarz-Bart, «El último justo», p. 131.)

«El mal es la forma que toma en este mundo la misericordia de Dios». (Simone Weil, «La Gravedad y la Gracia», p. 208.)

La devoción al Sagrado Corazón choca con el mundo moderno.

Y sin embargo, el espíritu de ese mundo no parece otra cosa que amor, «caridad» que rompe fronteras, destruye belicismos, comprende posturas, iguala diferencias, busca «la vida», rechaza «la fórmula»...

Ese falso dualismo entre lo sobrenatural y lo humano impregna nuestro ambiente.

Desde el momento que hemos sido elevados al orden sobrenatural, el problema del hombre no puede tener más que un planteamiento sobrenatural. El hombre no es doble: uno natural y otro sobrenatural, sino que **el hombre**, por por obra de Cristo, se ha convertido en **hijo de Dios**.

Un sobrenaturalismo que prescinda del aspecto humano —espíritu de seriedad, de trabajo, etc.—, necesariamente será vacío, contaminación de vulgaridad y trivialidad.

Un humanismo engreído fácilmente se convertirá en meta redentora del hombre.

Una redención sin hombre, y una redención sin Dios. Vulgaridad y orgullo.

No cabe duda que el río de este mundo anda principalmente por el cauce de la vulgaridad: despersonalización, inconsciencia, fácil conformismo, falta de ideal... Es una tentación grave.

Frente a esa tentación, el grito de la sinceridad y de la autenticidad es un grito de salvación. Pero un grito que, si no encuentra una mano segura y comprensiva, corre el peligro de perderse en el vacío de una redención subjetiva, naturalista, reacia a imposiciones dogmáticas y disciplinares que «mermarían» su dimensión humana, ansiosa de ex-

periencias místicas y de unión con los hombres, pero temerosa de lo personal—si se quiere por lo que pueda tener de «egoísmo»—.

En ese sentido pone el P. Moeller a Simone Weil entre «**los aeronautas sin cargamento**» a pesar de su intensidad de vida.

Por este lado quizá sea peor la tentación, porque siempre presenta un aspecto de nobleza, de desinterés—del que está desprovisto lo vulgar—, y que fácilmente puede encubrir la sutilidad del orgullo.

«El entusiasmo de los sectores cristianos por los escritos de Simone Weil—dice el P. Moeller—es una muestra característica de la confusión del pensamiento católico de este siglo. Intentamos bautizar **in extremis** a todo lo que, de lejos o de cerca, se parece al cristianismo, porque no nos tomamos el trabajo de conocer el mensaje cristiano auténtico. Tenemos **mala conciencia**; nos avergonzamos de nuestra fe. Simone Weil pasa por cristiana a los ojos de muchos. Casi nadie ha visto que era maniquea».

No parece sino que la **sinceridad** nos obligue a avergonzarnos de nuestra fe. Nos obligue a reconocer más cristianismo fuera de la Iglesia que dentro. Y con ello se contribuye a engrosar—para los pobres de espíritu, para los mansos, para los limpios de corazón y los que sufren persecución por la justicia; para los «pequeños» de esta «pequeña grey» de Cristo que es el Reino; para los que viven sin envidia y morirían sin resentimiento—un equívoco desesperante sobre lo que significa ser cristiano.

¿No es ese el caso de «El último justo»?

Por todas partes se nos ha dicho y se nos ha repetido

que tenemos mucho que aprender de la «caridad» judía. Ya no se trata de **bautizar in extremis**. Todos, en mayor o menor grado, deberíamos circuncidarnos.

Toda la *Critica* ha sido un himno de alabanza al pueblo judío a costa de los hombres cristianos.

Sin embargo — me he preguntado muchas veces — ¿es la circuncisión de los Patriarcas la que se nos pide? En otras palabras: en esa novela, cuyos únicos intérpretes son el Judaísmo y el Cristianismo, ¿cuál es el fondo religioso?

La mayor parte de las críticas se ha quedado en la anécdota: «el drama del pueblo judío», «el pecado de la cristiandad», «la historia legendaria, poética y terrible de una familia»...

El autor ha rehuido las explicaciones en ese sentido. Cuando el enviado de «*Le Figaro Littéraire*» le preguntó acerca de sus convicciones religiosas en octubre pasado, se negó a contestar. Y a los enviados de «*La Terre retrouvée*» (15-XII-1959), que le preguntaron: «¿en qué se define un escritor cuyo ángulo de visión es judío?», contestó: «No quiero hacer generalidades. Sólo puedo hablar de mí. Y es un problema delicado porque Udes. han visto que, incluso a propósito de este libro, se me ha reprochado no ser un **escritor judío.**»

Pasemos de largo otras innumerables críticas y «*interviews*».

«*Esprit*» (octubre 1959) la llama: «Novela del ateísmo». Y, siguiendo el compás de toda la crítica, achaca la culpa al Cristianismo, que ha hecho dudar de Dios al mismo justo — «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» —.

¿Cuál podrá ser el fondo de esta novela para que, con verosimilitud, se la pueda proponer, por un lado, como libro de meditación, y por otro se la pueda llamar «novela del ateísmo»?

He dicho que tiene dos únicos personajes, y en realidad no es así: sólo tiene uno: Dios, autor del cristianismo y del judaísmo, del Mal y del Bien.

Es curiosa la forma como comienza la novela: «Aquel día, el obispo William de Nordhouse pronunció un gran sermón y, al grito de «**Dios lo quiere**», la muchedumbre se derramó por la plaza de la iglesia y unos minutos más tarde, las almas judías daban cuenta de sus crímenes a ese Dios que las había llamado a El por boca de su obispo» (pág. 11). Este podría ser el resumen del argumento. Pero queremos entrar en su explicación.

Hacia el final de la novela, pone el autor en boca de uno de los personajes unas frases muy significativas:

«Cuando yo era un señor, como tú dices (están en un campo de concentración), un amigo, para provocarme, me preguntaba siempre en broma si Dios, puesto que es todopoderoso, podía hacer una piedra tan pesada que ni El mismo la pudiera levantar. Y yo he llegado más o menos a este punto: **creo en Dios y creo en la piedra** (p. 323).

Dios lo ha creado todo, pero ha habido algo que se ha impuesto al mismo Dios. La Historia se desarrollará, pues, en una lucha entre Dios y «la piedra», capaz de hacer frente a la divinidad, y por consiguiente también «divina» de alguna manera. Tenemos la explicación del Bien y del Mal.

Todo lo que pasa en el mundo es necesario. Todo ha sido creado por Dios. Todo es perfecto.

«—¿Y yo, venerado rabino?— saltó un menudo jorobado.

«El rabino medita rápidamente:

«—Pero, animalito mío, almita mía —murmuró el rabino con un leve matiz de reproche —, como jorobado, no puedes ser más perfecto... ¿sabes?» (...)

«Que el mundo soportase sobre sus espaldas una fantástica joroba, enorme y dolorosa, no era cosa para ser decentemente tomada en broma» (p. 262).

El Bien y el Mal actúan, pues, necesariamente, perfectamente.

El Bien actúa en el sacrificio de los suyos. El Mal en las

ansias de felicidad humana. Por eso la elección de los judíos se funda en el Sacrificio de Isacc, no en la promesa, y la elección de la familia Levy, de la que saldrán los «Justos», también se funda en el sacrificio: el del rabino Yom Tov Levy, que, para no caer en poder de los cristianos, mató a doscientos cincuenta hermanos y después se suicidó. El cristianismo, en cambio, es la traición al sufrimiento: «cogen la cruz por el otro extremo y la convierten en espada» (p. 298).

A través de la obra son innumerables las alusiones a ese tema: «el corazón judío debe sufrir mil aflicciones para el mayor bien de todos los pueblos» (p. 298). «¿Es El el que pide a los alemanes que nos persigan? Oh, abuelo, en este caso es que no somos como todos los hombres, debemos haberle hecho algo; de lo contrario **no odiaría tanto a los judíos ¿verdad?**» (p. 164).

El apóstata que vuelve al judaísmo ya lleva bastante penitencia con «volver la espalda a las ventajas, a las **delicias cristianas**» (p. 104).

Esta alegría de vivir, «felicidad humana» como la llama varias veces a través de la novela, es el pecado, que se confunde con el cristianismo. Por eso, en el sueño que tiene el protagonista Ernie Levy poco antes de su muerte «reza para expulsar de su cuerpo, de su corazón, de su alma toda tentación cristiana» (p. 312).

Dios ha creado, pues, el mundo, y éste se le ha escapado. El Bien será su aniquilación: es lo que significan los judíos. El Mal su conservación: ese es el significado del cristianismo. La elección se identificará con la destrucción. El cristianismo es demoníaco.

Esta concepción del judaísmo tiene un significado mesiánico: los judíos «son el tributo de sufrimientos que el hombre paga a Dios» (p. 248).

Toda la historia de «los justos», el último de los cuales fué muerto por los nazis, va a esto: a la redención del mundo, mediante su aniquilamiento.

«Los justos», esa dinastía que va desde el siglo XI (o quizá desde los tiempos de Isaías, dice el autor) hasta nuestro siglo, son «el corazón multiplicado del mundo» (p. 12), al que van todos los dolores, son «el cordero de dolor, la bestia expiatoria» (p. 154), son «santos» (p. 13), son el mismo pueblo de Israel, puesto que Ernie Levy, el último justo, «murió seis millones de veces» (p. 342).

Cristo no era «ni más ni menos que todos nuestros justos» (p. 298), un buen rabino al que «los cristianos dicen que le aman, pero yo creo que le detestan sin saberlo» (p. 298). En realidad Cristo y todos los demás justos — la redención — son Israel aniquilado:

«Hace un año, cuando me enteré que tenía una octava parte de sangre judía, al principio estaba muy avergonzado; era más fuerte que yo, me parecía haber crucificado a Nuestro Señor, que... Me comprendes ¿verdad? Todavía era del otro bando. Luego he venido aquí (al campo de concentración) y he empezado a avergonzarme de mi sangre no judía. A avergonzarme terriblemente. Pensaba en los dos mil años de catecismo que han hecho... que han permitido... ¿me comprendes, verdad?».

«El desgarrón de su mirada se ensanchó:

«—Dos mil años de cristología... — articuló pensativamente, como hablando para sí—. Y sin embargo..., ya sé que es absurdo, pero sigo creyendo, y amo más que nunca a Cristo. Sólo que **ya no es para mí el Cristo rubio de las catedrales, el glorioso Salvador muerto a manos de los judíos.** Es...»

«Señaló la enfermería y se inclinó sobre la cama maloliente de Ernie, con la mirada perdida:

«—Es otra cosa» (p. 323).

Pero la vida cristiana es una continua tentación para el judío. La «felicidad humana» es muy atrayente. El pobre judío se encuentra expuesto a «perder por la vida las razones de vivir» (p. 249). Se han visto «obligados a revestir

el uniforme del odio, para batirse ni más ni menos que esas fieras de los cristianos» (p. 71). Incluso el último justo, desesperado — «si esta es la voluntad del Eterno, nuestro Dios, maldigo justamente su nombre y le imploro que me lleve al alcance de escupirle a la cara» (p. 263) — cae en la tentación y parece que se bautiza con el nombre de **Bastardo**. Invoca a la naturaleza y le pide «por favor a esta dama que le transforme lo más aprisa posible en animal». Y así consigue transformarse en Perro, entregado a la lujuria y al desenfreno en todo orden de cosas: es el resultado de vivir una vida cristiana.

Es un verdadero animal, pero conserva su calidad espiritual — por eso es capaz de dar mayor goce sensual a una perra —, y esa calidad espiritual se refleja en los ojos, que es lo único que ha conservado de su anterior aspecto. Por los ojos es reconocido como judío, y por ahí vuelve a oír el «grito interior», que lo redime llevándolo voluntariamente a la muerte.

Esa muerte es la salvación de todos. «Si Dios existe, perdonará a todo el mundo; porque él nos ha arrojado a todos, ciegos, al río, y a todos nos saca de él ciegos, como el primer día de nuestra vida.»

«—Entonces ¿qué hará con nosotros si perdona a los demás? ¿Va a ponernos en un paraíso de lujo?»

«—No, no — declara calmamente Ernie —. Nos dirá: «Mirad, queridos míos, he hecho de vosotros el cordero de las naciones, para que vuestro corazón sea puro para siempre» (p. 318).

Y esa muerte, que es la salvación de todos, es al mismo tiempo el Reino de Dios. En el tren que los lleva a la cámara de gas, dice el último justo: «el país hacia donde vamos ahora es nuestro reino» (p. 333), y a continuación comienza a explicar a los pobres niños atemorizados: «allí los niños vuelven a encontrar a sus padres, y todo el mundo está contento. Allí el sol no se pone nunca, y pueden comerse todas las cosas que uno quiere. Allí una alegría eterna coronará nuestras cabezas...». Pero todo ese discurso acaba: «Aquí no queda lugar para la verdad». Y alguien le pregunta: «—¿Con que usted no cree nada de todo lo que dice?» (p. 334).

Es lo mismo que pensó de pequeño, cuando intentó suicidarse. Su madre le decía en el hospital: «todo irá bien», pero con esas palabras le pareció que acababa de asomarse a la antigua comedia» (p. 240).

Murieron los judíos en la cámara de gas. «Y primero

como un arroyo, luego como una cascada, un tumultuoso torrente de majestad, el poema que a través del humo de los incendios, por encima de las hogueras de la historia, han estado escribiendo los judíos — que desde hace dos mil años no ciñeron espada, ni tuvieron jamás reinos, ni esclavos de color —, ese viejo poema de amor que los judíos han estado escribiendo con letras de sangre sobre la dura corteza terrestre, se desplegó en la cámara de gas y la inundó, **dominando la sombría mofa de los abismos**: Escucha, Israel, el Eterno Dios nuestro, el Eterno es Uno. Oh, Señor, por tu gracia alimentas a los vivos, y por tu gran misericordia resucitas a los muertos...». «Las voces morían una a una a lo largo del inacabado poema...».

Entonces, poco antes de morir, recordó Ernie Levy la leyenda de un rabino arrojado a la hoguera envuelto en el rollo de la Torah por haber enseñado la Ley. Sus discípulos le preguntaron: Maestro ¿qué ves? «Y el rabino respondió: Veo el pergamino que arde, pero las letras vuelan...». —Sí, sin duda alguna las letras vuelan — se repitió Ernie Levy, mientras la llama que abrasaba su pecho invadió su cerebro.

Y acaba cantando las alabanzas del Señor entremezcladas con los campos de concentración.

Israel, una vez más, ha cumplido su misión. El cuerpo y los pergaminos han sido destruidos, «pero las letras han volado». Si no hubiera ardido el pergamino no hubieran quedado libres las letras.

Quien haya leído a Simone Weil creo que podrá apreciar algún parecido entre su doctrina y los puntos que hemos expuesto de Swarz-Bart. Simone Weil es «antisemita» porque está en contra del Antiguo Testamento. Pero ya hemos visto que, hablando del Reino judío, el autor de «El último justo» confiesa que todo es mentira. Simone Weil defiende la metempsicosis para los que no han llegado al perfecto aniquilamiento, mientras que Swarz-Bart da al sufrimiento judío fuerza suficiente para salvar a todos los hombres. Quizá haya algunas otras diferencias, pero en lo fundamental creo que coinciden.

Por consiguiente «El último justo», tan alabada por muchos cristianos, sería una novela gnóstica y maniquea.

Lo más a propósito para ese deseo de sacrificio, de superación de lo personal, de sobrenaturalismo puramente humanos.

La devoción al Sagrado Corazón reúne todo lo noble de esas ansias. Pero nos cuesta aceptar por amor el Amor de Dios. Preferimos aceptar por necesidad el Odio de Dios.

Pablo LÓPEZ CASTELLOTE

No podemos permanecer indiferentes ante las graves desgracias que han asolado el país chileno, donde CRISTIANDAD cuenta con numerosos y buenos amigos.

En estas horas trágicas en que las fuerzas desatadas de la naturaleza tiñen de luto y dolor los hogares de los hijos de la noble nación andina, como otrora en Agadir y en el Irán, CRISTIANDAD hace patente su sincero sentimiento de condolencia y la seguridad de sus oraciones.

EL DOGMA CRISTOLOGICO Y EL CULTO «MODERNO» AL CORAZON DE JESUS

¿Crisis o Evolución?

Con el título sugestivo e inquietante “¿Crisis o evolución en la devoción de los jóvenes al Sagrado Corazón?” se recogió en 1950 el resultado de algunos sondeos realizados entre la “élite” de la juventud católica francesa (1).

Las respuestas y datos registrados expresaron una situación de ánimo bastante difundida, no sólo en Francia, sino también en otros países. Se manifestaba “cierto desafecho hacia el culto al Sagrado Corazón”; y este desafecho no era ya algo imponderable y ambiental sino consciente, y expresado con audacia en lenguaje explícito y rotundo. El autor del artículo citado, André Dérumaux, da testimonio de la dura respuesta de dos dirigentes nacionales de los movimientos juveniles de la Acción católica, ante quienes había lamentado la inercia de aquellas organizaciones en colaborar a un proyectado congreso nacional en honor del Corazón de Jesús: “El Sagrado Corazón no interesa a los jóvenes”. “Los jóvenes tienen otras cosas en que ocuparse en estos momentos.”

Esta actitud y el conjunto de dificultades doctrinales y psicológicas que implica no se encontraban difundidas entre los fieles sencillos, sino más bien en los sectores intelectuales y entre los dirigentes de las organizaciones y movimientos católicos.

En estos ambientes la fisonomía concreta que el culto al Sagrado Corazón había tomado en el “admirable progreso” que había culminado en la extensión de la fiesta a la Iglesia Universal y en las encíclicas ANNUM SACRUM, QUAS PRIMAS y MISERENTISSIMUS REDemptor, parecía cada vez más como una excrecencia sobreañadida al cristianismo auténtico: uno de los más característicos elementos “antievangélicos” de la mentalidad del catolicismo barroco y postridentino, estéril y nocivo por lo mismo en orden a las necesidades de la Iglesia y de la humanidad en nuestros días. A superar esta situación se dirigió principalmente la Encíclica HAURIETIS AQUAS.

Es indudable que muchas de las objeciones y acusaciones se dirigían directamente a aspectos accidentales y exteriores a la corriente misma de espiritualidad, especialmente en lo relativo a la iconografía y también a las actitudes y gestos característicos de muchas formas concretas de aquella devoción: “las banderas, estandartes, cordones y cintas hacen sonreír a todos los jóvenes de hoy”. Esta abundancia de obstáculos estéticos y culturales y la insistencia en el rechazo de determinadas prácticas podrían tal vez hacer creer que los ataques no se dirigían propiamente a lo substancial del culto recomendado por la Iglesia. ¿No sería más bien que el deseo de autenticidad y simplicidad, la más rigurosa exigencia de que la vida espiritual se fundamentara sólidamente en el Evangelio, promovía un crisis de crecimiento, una evolución purificadora y liberadora?

La cuestión tiene tal gravedad que incluso parece haber puesto en peligro en algunas mentes la posibilidad de una recta comprensión del sentido de la HAURIETIS AQUAS. Para algunos, en efecto, el documento de Pío XII habría recogido las más fundamentales de aquellas objeciones y marcado en el magisterio pontificio una *dirección diversa* a la de los documentos de León XIII y Pío XI. De un culto más directamente referido a las revelaciones de Paray-le-Monial, demasiado limitado a la consideración del Corazón físico y caracterizado por los actos de consagración y reparación, tal como se presentaba en la “Miserentissimus

Redemptor”, se habría pasado ahora a un culto dirigido a la persona de Cristo, vinculado con el espíritu de la liturgia en su totalidad y que no se fundamenta ya en revelaciones privadas, sino en la Biblia y en la tradición expresada por los Santos Padres.

Este modo de interpretar la “evolución” reciente del culto al Corazón de Jesús resultaría inadecuado en la medida en que olvidara que Pío XII no intenta de ningún modo rechazar o abandonar la forma en que se había impuesto en los últimos siglos en la piedad del pueblo cristiano y en la liturgia y el magisterio de la Iglesia. La lectura atenta de la HAURIETIS AQUAS convence de que es precisamente el culto en cuya difusión tuvo Santa Margarita María de Alacoque un puesto especial por voluntad del mismo Jesucristo, “que expresamente y repetidas veces mostró en su Corazón un símbolo que atrajese a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor”, el que debe ser considerado como legítimo progreso y desarrollo de la piedad cristiana, y fundamentado últimamente en la misma revelación pública.

“Es evidente, escribe Pío XII, que las revelaciones de Santa Margarita María no trajeron ninguna innovación a la doctrina católica. Su importancia estriba en el hecho de que al mostrar Cristo su Corazón Sacratísimo, pretendió de una manera extraordinaria y singular llamar nuestra atención para que atendiésemos a los misterios de su amor misericordioso para con el género humano y así lo contempláramos y le diéramos culto” (2).

El magisterio pontificio, al hacerse cargo de las dificultades y objeciones suscitadas, no ha compartido ni aprobado la opinión de quienes consideraban el “culto moderno” al Corazón de Jesús como algo “facticio, sobreañadido con posterioridad al Evangelio”. La ratificación decidida del pensamiento de los Pontífices anteriores frente a las corrientes opuestas se expresa de modo indudable al decir Pío XII: ¿Quién no ve que tales opiniones son del todo ajenas al sentir que públicamente manifestaron Nuestros Predecesores desde esta Cátedra de verdad aprobando el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús?” (3).

Pío XII defiende, pues, la misma devoción contra la que en definitiva recaen los ataques de los adversarios. La evolución propuesta por algunos según la cual el culto al Corazón de Jesús abandonaría totalmente la consideración del Corazón de carne de Jesucristo no ha sido recogida en la enseñanza del Magisterio. Una vez más una tendencia “modernista”, urgiendo la adaptación a la “sencillez y autenticidad” de la vida contemporánea, exige en nombre del retorno al Evangelio el abandono de *del legítimo progreso y desarrollo de la vida cristiana*. Frente a esta tendencia hay que afirmar con insistencia que Pío XII ha defendido en la HAURIETIS AQUAS el culto tradicional al Sagrado Corazón de Jesús, es decir, el culto “moderno”.

Por esto mismo la enseñanza contenida en la HAURIETIS AQUAS ha podido ser expresión y estímulo autorizado de una importantísima evolución en el culto al Corazón de Jesús. El signo de esta evolución no ha sido ciertamente el de la pérdida de los elementos característicos de aquel culto “moderno” que a tantos parecía artificial y antievangélico, pero sí que ha consistido en la exigencia de que fuese más vívida y conocida aquella fundamentación en la Sagrada Escritura y en la Tradición, por la que en la mente de la

(1) “Le Coeur”, Etudes Carmelitaines, 1950, pág. 296 a 326.

(2) *Haurietis aquas*, edición comentada por Francisco Albarracín, S. J. Granada, 1956, pág. 102.

(3) *Ibidem*, pág. 53.

Iglesia aquel culto constituía “la síntesis de toda la vida cristiana”. “Deseamos recomendar, dice Pío XII, que consideréis muy atentamente los principios sacados de la Biblia y de la doctrina de los Santos Padres y Teólogos, en los cuales principios, como en sólidos cimientos, se apoya el culto al Sagrado Corazón de Jesús. Porque tenemos la firme persuasión de que sólo cuando hayamos penetrado profundamente en la naturaleza primordial y más elevada de este culto, iluminados por la luz de la verdad divina-mente revelada, sólo entonces podremos recta y plenamente estimar su incomparable excelencia y su abundancia inexhausta de dones divinos” (4).

Exigir esta actualización de la conciencia del arraigo y fundamentación de la piedad moderna en las fuentes evangélicas y patrísticas no es por cierto una concesión al arcaísmo modernizante, pero sí es, y hay que reconocerlo y proclamarlo abiertamente, una útil y fructuosa consecuencia del mismo ambiente de polémica y de la difícil problemática en que aquel aludido complejo de dificultades habían situado la cuestión.

Creemos que dará luz sobre este problema recordar a modo de digresión la problemática en algún modo paralela producida en el campo de la enseñanza teológica. Ya San Ignacio notaba que el recto sentir con la Iglesia exige “alabar”, no sólo la “doctrina positiva”, sino también la “escolástica”, y alegaba que los Doctores escolásticos “como sean más modernos” viene a ser los testigos de la precisión con que para nuestros tiempos propone el Magisterio de la Iglesia Jerárquica regido por el Espíritu Santo la verdadera doctrina evitando todo error y falacia. En el momento culminante de la lucha contra el “modernismo” se pudo denunciar el desprecio de la doctrina escolástica, aunque fuese a pretexto de una estima de la “Teología positiva” como uno de los elementos característicos de la mentalidad modernista.

En nada desmiente esta posición, sino que no hace sino profundizarla y aún fundamentarla definitivamente, la consigna de Pío XII al afirmar en la HUMANI GENERIS que una investigación teológica especulativa que descuidase el retorno a las fuentes permanecería estéril, “según la experiencia ha enseñado” (5). Es evidentemente una profundización y no una retractación de la actitud de estima que el Magisterio de la Iglesia tiene respecto a la Teología escolástica, porque como ya notaba San Ignacio, la recomendación que la Iglesia hace en ésta no es en razón de los elementos racionales que constituyen lo instrumental de su sistematización, sino por cuanto “siendo ellos—los doctores escolásticos—ilucidados por la virtud divina... se ayudan de los Concilios, Cánones y Constituciones de nuestra Santa Madre la Iglesia”.

Frente al contagio neoprottestante y modernista el recto sentir con la Iglesia exige hoy, más que nunca, esta fidelidad al Magisterio viviente de la Iglesia visible y jerárquica; esta fidelidad es difícilmente compatible con el desprecio de la teología escolástica, ya que, como notó el propio Pío XII, del desprecio de ésta se pasa fácilmente al del mismo Magisterio que tanto la recomienda. Pero por lo mismo será un teólogo por lo menos incompleto quien olvidando la verdadera perspectiva de la doctrina católica de tal modo se adhiriese a sistematizaciones racionales y cuestiones de escuela que descuidase aquel vital y vivificante retorno a las fuentes. En la medida de este descuido una teología de este tipo resultaría impotente e insuficiente para vencer las graves tentaciones, superar las complejas dificultades y abarcar los nuevos horizontes sugeridos a la mentalidad contemporánea.

Si quisiéramos, pues, expresar nuestro pensamiento en forma expresiva y directa respecto al tema que nos ocupa, podríamos decir: en la oposición contemporánea a la forma “barroca” y “postridentina” de la doctrina y de la espiritualidad católicas se corre el peligro de ceder a una corriente que en alguno de sus elementos merecería el calificativo de neoprottestante. Sin embargo, para una defensa vigorosa de la ortodoxia y del recto sentir cristiano y para un apostolado a tono con la profunda crisis y las trágicas inquietudes de la humanidad contemporánea, resultaría inoperante una actitud que no comprendiese en su verdadera luz todo el conjunto de precisiones doctrinales y de desarrollo progresivo de la espiritualidad cristiana que han vivido los siglos postridentinos. En su verdadera luz, es decir, integrada en la síntesis total de la verdad cristiana.

Para la verdadera comprensión de la naturaleza del culto al Corazón de Jesús la HAURIETIS AQUAS ha mostrado decididamente este camino. La enseñanza contenida en ella hace patente el entronque entre el modo de contemplar a Cristo característico de este “culto moderno”, rectamente entendido según la mente de la Iglesia, y la doctrina revelada, tal como había sido precisada en las definiciones cristológicas de los grandes Concilios orientales de los siglos v a vii.

El Corazón de Jesús es el corazón de una persona Divina

El jansenismo del siglo xviii acusaba a los devotos del Corazón de Jesús de tributar honor divino a una criatura al “adorar directamente a la humanidad de Cristo, y más aún a alguna de sus partes”. La Iglesia, al condenar los errores del Sínodo de Pistoya, rechazó esta acusación como una injuria que rebajaba el culto tributado a la humanidad de Cristo “como si tal adoración, por la que se adora la humanidad y la carne misma vivificante de Cristo, no ciertamente por razón de sí misma y como mera carne, sino como unida a la divinidad, fuera honor divino tributado a la criatura, y no más bien una sola y la misma adoración con que es adorado el Verbo encarnado con su propia carne” (6).

Igualmente se desmentía por el magisterio de la Iglesia que el culto al Corazón de Jesús considerase esta nobilísima parte de la Humanidad de Cristo como separadamente de la divinidad, “como si los fieles adoraran el Corazón de Jesús separándolo o amputándolo de la divinidad, siendo así que lo adoran en cuanto es el Corazón de Jesús, es decir, el Corazón de la Persona del Verbo” (7).

La réplica dada por Pío VI en la famosa Bula “*Auctorem fidei*” señalaba el verdadero camino y la orientación legítima. Sólo desde una posición insincera y desviada podía acusarse al culto recomendado por la Iglesia de fundarse en una mentalidad nestorianizante o excesivamente “dualista”, que olvidase la unidad de la persona de Cristo. La acusación se había de repetir no obstante con insistencia, y fue uno de los puntos fundamentales de la hostilidad con que toda una corriente de teólogos de las Iglesias “ortodoxas” separadas señalaron desde el siglo pasado en el culto católico al Corazón de Jesús un factor decisivo en la agravación del abismo entre la “ortodoxia” y la Iglesia occidental (8).

La oposición contemporánea ha renovado con nuevos matices, pero con idéntica substancia, esta acusación secular de “separación” y de olvido de la Persona de Jesu-

(6) Enrique Denzinger, “*El Magisterio de la Iglesia*”, Edit. Herder, 1959. Núm. 1.561.

(7) *Ibid.* Núm. 1.563.

(8) Véase art. del P. Mauricio Gordillo, S. I. “*La devoción oriental al Sagrado Corazón de Jesús y la encíclica Haurietis aquas*”, en “*Cor Iesu*”, vol. II, pág. 265 y ss.

(4) *Ibid.*, 56 y 57.

(5) *Humani Géneris*. Véase *Cristiandad*, 1.º de noviembre de 1950, página 467.

cristo. La denuncia sigue siendo falsa y a ninguno de los teólogos y autores espirituales que han tratado del culto al Corazón de Jesús según la mente de la Iglesia, podría tachársele con justicia de haber olvidado el dogma de la unidad de Persona e hipóstasis en Jesucristo, o de suponer que la naturaleza humana tuviese en sí misma, y en cuanto tal, títulos para merecer la adoración.

Y sin embargo la HAURIETIS AQUAS puede decirse que ha marcado en este punto un progreso decisivo en la fundamentación doctrinal de este culto. Porque al ratificar la posición tradicional del Magisterio, expresada ya a fines del siglo XVIII, y al hacerse cargo de las dificultades y objeciones más recientes ha expuesto aquella fundamentación en una enseñanza que ha podido ser con razón calificada como una "Cristología ciriliana y tomista" (9). Pío XII no ha descendido a dirimir las cuestiones disputadas en los últimos años entre los teólogos, de las "dos cristologías" enfrentadas (10), pero es innegable que toda la orientación del documento, y precisamente por su empeño de directa fundamentación en el misterio revelado, se desarrolla en el ambiente de "una teología del Emmanuel": Cristo es Dios con nosotros, el Verbo que ha asumido nuestra naturaleza para redimirla, no un "Hombre asumido", elevado por la unión hipostática a la dignidad divina. Insistamos en que esta orientación doctrinal es algo mucho más profundo que una preferencia en la utilización de unas determinadas fórmulas o modos de expresión, es más bien el resultado del mismo propósito de *mostrar la fundamentación dogmática del culto entendido según la mente de la Iglesia*.

Es interesante notar que desde el punto de partida de la exposición doctrinal la encíclica HAURIETIS AQUAS alude explícitamente a "la verdad de fe católica definida solemnemente en el Concilio Ecuménico de Éfeso y en el II de Constantinopla". La propia referencia del documento pontificio nos remite pues, nada menos que a los "anatematismos de San Cirilo" y al V Concilio Ecuménico, cuya doctrina representó la ratificación de la enseñanza de Éfeso y la reivindicación de la Cristología ciriliana después de Calcedonia. He aquí los dos antiguos y venerables textos:

"Si alguno se atreve a decir que el hombre asumido ha de ser coadorado con Dios Verbo y conglorificado... como uno en el otro... y no honra más bien con una sola adoración al Emmanuel y le tributa una sola gloria según que el Verbo se hizo carne, sea anatema" (11).

"Si alguno dice que Cristo es adorado en dos naturalezas de donde se introducen dos adoraciones, una propia de Dios Verbo y otra propia del hombre; o si alguno, negando la carne o confundiendo la divinidad y la humanidad o afirmando una sola naturaleza o substancia..., así adora a Cristo, pero no adora con una sola adoración al Dios Verbo encarnado con su propia carne, según desde el principio lo recibió la Iglesia de Dios, ese tal sea anatema" (12).

El Corazón de carne símbolo del amor misericordioso de Dios

Si sería injusto acusar a los teólogos que han tratado del culto al Corazón de Jesús de haberse apartado de estos principios dogmáticos no puede negarse que la influencia de la "cristología" del "Homo assumptus" o en general las tendencias a exagerar la autonomía de la conciencia y actividad humana de Cristo han podido influir en el empobrecimiento del horizonte espiritual de la devoción al Co-

razón de Jesús al tender naturalmente a reducir el ámbito del objeto directo de la misma al amor y a los sentimientos humanos de Jesús.

En el extremo opuesto, del lado de los contradictores del culto al Corazón de Jesús en su forma tradicional, es decir, "moderna", la atención al Corazón físico, al Corazón de carne iba siendo progresivamente rechazada en los años anteriores a la publicación de la HAURIETIS AQUAS. En las encuestas antes aludidas la repulsa era general: "cuando ruego al Sagrado Corazón, pienso exclusivamente en la Persona de Cristo. Su Corazón de carne no juega prácticamente ningún papel en mi devoción... una devoción sensible excitada por imágenes en las que están pintados corazones atravesados, aureolados de llamas y chorreando sangre, si no llega a excitar la burla, repugnará a más de uno". "Si se quiere concretar y acercar demasiado a nosotros la Persona de Jesús se corre el riesgo de perder rápidamente el sentido de lo trascendente" (respuesta de un joven de 26 años). Le "coeur écran", el "corazón pantalla" vino a ser la expresión tópica de esta reacción "anticarnal" (13).

En esta cuestión, que para Dérumaud era precisamente la fundamental, vino a concretarse la polémica en torno a una posible y conveniente "evolución" por la que se dejara al margen la consideración del Corazón de carne de Jesucristo como objeto directo del culto. La cuestión fue discutida en el célebre Congreso de Tilburg, en la que un sector de congresistas, cediendo a la corriente de oposición, consideraban como una traba y molestia la atención al Corazón de carne. Para la mayoría de los miembros, no obstante, entre los que se señaló el Director Delegado del Apostolado de la Oración, P. Federico Schwendimann, este abandono representaba un retroceso, desviaba de su sentido al culto al Corazón de Jesús tal como se había desarrollado en la Iglesia en los últimos siglos.

Sobre esta cuestión fundamental la actitud del Magisterio Pontificio expresada en la HAURIETIS AQUAS no ha podido ser más clara: "no es lícito afirmar, dice la encíclica, que la contemplación del Corazón físico de Jesús sea un impedimento para penetrar en lo más íntimo del amor de Dios... Este falso misticismo lo rechazó la Iglesia de modo tajante, como también condenó, por Nuestro predecesor Inocencio XI, las opiniones de los que divulgaban que "las almas perfectas no debían hacer actos de amor a la Humanidad de Cristo, ya que por tratarse de un objeto sensible también nuestro amor hacia él sería sensible" (14).

Pero al rechazar la tendencia de los que consideraban la concreción y sensibilización del amor de Jesucristo en aquella nobilísima parte de su Humanidad, como un obstáculo hacia la trascendencia de Dios, Pío XII ha insistido en mostrar las razones profundas fundadas en lo más nuclear del misterio revelado por las que el culto al Corazón de Jesús debe considerarse dirigido no sólo al amor humano racional y sensible, sino finalmente, y por cierto "como razón principal de este culto", al amor de Dios para con nosotros.

Es ésta la aportación con que la encíclica HAURIETIS AQUAS ha enriquecido más decisivamente la doctrina católica sobre el culto y la devoción al Corazón de Jesús. Pero advertimos que no se aparta tampoco aquí de la línea tradicional; ya Pío XI, en la *Miserentissimus Redemptor*, hablaba de "la caridad misma de Dios que se nos presentó para ser honrada con particular culto, manifestando espléndidamente las riquezas de su bondad por medio de la piedad con que es venerado el Sacratísimo Corazón de Jesús".

Pero debería reconocerse que aquí Pío XII ha superado desde la grandiosa perspectiva de la síntesis de la verdad revelada, contenida en la Escritura, en la tradición y expresada en la liturgia, la estrechez de horizonte de posi-

(9) Véase art. "L'Esprit du Coeur de Jesus", de H. M. Diepen, O.S.B., en "Cor Jesu", vol. I, pág. 151 y ss.

(10) Véase "El Yo de Jesucristo", de Bartolomé M.^a Chiberta, Ord. Carm. Herder, Barcelona, 1954.

(11) Véase CRISTIANDAD, núm. 349.

(12) Denz, "Magisterio de la Iglesia", edic. cit. núm. 221.

(13) "Le Cœur", edic. cit., pág. 300.

(14) *Haurietis aquas*, edic. cit., pág. 107.

ciones tal vez demasiado influidas por una doctrina cristológica excesivamente "dualista".

"Ténonz bien les deux bout, de la chaîne", decía Bossuet tratando de las cuestiones planteadas en torno a la predestinación y a la libertad humana. También aquí la enseñanza de la HAURIETIS AQUAS es una invitación enérgica a mantenerse fiel en la orientación de la piedad cristiana hacia el Corazón de Jesucristo al sentido plenario de las antiguas definiciones acerca de la unidad de la Persona de Cristo en dos naturalezas, divina y humana, íntegras y distintas.

"Nada faltó a la naturaleza humana que el Verbo de Dios unió a Sí; Él la asumió sin ninguna mutilación ni alteración en cuanto a sus constitutivos espirituales y corpóreos, es decir, dotada de entendimiento y voluntad y las demás facultades internas y externas del conocimiento e igualmente del apetito sensitivo y sus correspondientes inclinaciones naturales" (15).

En esta referencia a la verdad nuclear en la economía de la Redención de la integridad de la naturaleza humana de Cristo se apoya Pío XII para recordar que "Jesucristo poseyó un Corazón físico semejante al nuestro, que unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpó de amor y de otros afectos sensibles con sentimientos de tal modo concordantes y en armonía con su voluntad humana rebosante de la caridad divina y con el mismo AMOR INFINITO que el Hijo tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo que nunca hubo discrepancia entre estos tres amores".

Y no es sólo que esta unidad armónica en el triple amor, divino, racional y sensible del Verbo encarnado posibilite este elevarse de la consideración del Corazón de carne y de su simbolismo "más natural e inmediato", por el que nos manifiesta su amor sensible, a la consideración de la caridad infundida en su mente y a la de su mismo amor divino. Esta visión está exigida por la finalidad y sentido de la misma Encarnación redentora.

(15) *Ibid.*, pág. 72.

Porque si el Verbo divino se hizo semejante a nosotros y no se avergonzó de llamarse nuestro hermano, "asumiendo todo lo nuestro para sanarlo todo" y mostrándonos en su Humanidad y en su corazón "la plenitud de la divinidad corporalmente" fue precisamente por el amor misericordioso con que la divina Trinidad quiso obrar la Redención de la humanidad pecadora.

Es notable advertir que ya desde el siglo XVIII, al aprobar Clemente XIII por primera vez la Misa propia del Corazón de Jesús para el reino de Polonia, presentaba esta fiesta como dirigida a "renovar la devoción al Amor divino, por el que el Hijo Unigénito de Dios tomó la naturaleza humana y dio ejemplo de obediencia, dulzura y humildad". El Corazón físico del Verbo encarnado es, pues, la sensibilización misma del Corazón de Dios.

Así el Corazón es visto finalmente como símbolo de la Persona de Cristo que nos ha amado y ha entregado su vida por nosotros, y el objeto del culto dirigido al Corazón de Jesús abraza desde "el amor increado e infinito hasta las palpitaciones de su Corazón humano que son como olas visibles y patentes desde el mar inmenso de su amor" (16).

Por esto superando las dificultades y limitaciones se ha venido a afirmar en la HAURIETIS AQUAS que la esencia íntima de este culto "moderno" al Corazón de Jesucristo, rectamente entendido en su esencia más profunda y en su fundamentación en el misterio revelado, se dirige a honrar con nuestro culto y a corresponder con nuestro amor al mismo Amor misericordioso de Dios que por la Encarnación se nos ha hecho patente al "mostrarse la bondad y el Amor a los hombres de Dios nuestro Salvador" en los latidos del Corazón del mismo Hijo de Dios encarnado (17).

Francisco CANALS VIDAL
Catedrático de Filosofía

(16) Pío XII, Discurso al Congreso Internacional del Apostolado de la Oración, en Roma, 27 septiembre 1956.

(17) Véase "Pensamientos y Ocurrencias", del P. Ramón Orlan-dis, S. I. CRISTIANDAD, septiembre 1958.

XXXV ANIVERSARIO DE «SCHOLA CORDIS IESU»

Clausura de curso

El día 16 de mayo tuvo lugar la última lección del XX ciclo anual de conferencias. Con motivo de celebrarse durante el presente año el II Centenario de la Declaración del Patronato de la Inmaculada sobre los Reinos de España, la sesión fué dedicada al tema «España y la Inmaculada», desarrollado por el Director de «Schola Cordis Iesu» de Barcelona, Rvdo. P. Francisco Segura S. I.

El día 23 de mayo, en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, el Ilmo. y Rvdm. Doctor Cipriano Montserrat y Roig, Director Diocesano del A. de la O. y Presidente de la Comisión Diocesana de Prensa, Radio y Publicaciones, celebró una Solemne Misa Vespertina. Por benigna concesión de la Nunciatura Apostólica, y por coincidir la fiesta de clausura de curso con la conmemoración de la aparición del apóstol Santiago, Patrono de España, en la batalla de Clavijo, fué celebrado la misa «Misit Dominus», propia de la festividad. El acto finalizó con un Te Deum de acción de gracias.

Días después se reunieron en una cena de hermandad los socios, amigos y simpatizantes de «Schola Cordis Iesu», Presidieron el Presidente de «Schola Cordis Iesu», Dr. Domingo Sanmartí y el Director de CRISTIANDAD, D. Fernando Serrano.

EL AMOR, SACERDOTE

LAS FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI Y DEL SAGRADO CORAZON

En el Santo Altar el Sacerdote que inmola el Cuerpo de Cristo es el Amor de su Sacratísimo Corazón.

¡Qué tesoros de verdad divina y de solidísima piedad nos ofrece la Santa Madre Iglesia en su Sagrada Liturgia! En el himno "Ad regias Agni Dapes", que es el himno de Visperas en el Tiempo Pascual, canta así la Iglesia:

*Divina cuius caritas - Sacrum propinat Sanguinem,
Almique membra Corporis - Amor Sacerdos immolat.*

La caridad de Cristo es la que nos ofrece la Sagrada Sangre; y su Amor es el que inmola los miembros del Amor Cuerpo. Es decir: Cristo, en el Sacrificio Eucarístico, que es la Santa Misa, derrama místicamente su sangre Preciosísima, y nos la ofrece como precio de nuestra redención, para aplicarnos los frutos de su Redención; y esto lo hace tan sólo su Caridad, el Amor humano y divino con que nos ama inmensamente; y tan sólo es éste su Amor el que en el Altar hace la inmolación, incruenta sí, pero verdaderísima, de su Sagrado Cuerpo, que, así inmolado, nos da como alimento de nuestra vida divina de la Gracia.

En el Calvario intervinieron para la inmolación de Cristo los verdugos que le crucificaron, los enemigos que le dieron muerte entre increíbles dolores y afrentas, derramando así toda su Sangre, hasta la que había quedado recogida en su Corazón, y que hizo verter el soldado con el golpe de su lanza. Pero en el Santo Altar todo lo hace el Amor del Sacratísimo Corazón de Cristo; su Amor se hace Sacerdote, y ese Amor es el que inmola místicamente la Sagrada Víctima, y el que la ofrece para grandísima gloria del Padre celestial y para grandísimo bien nuestro.

La inspirada estrofa del citado himno, con que la Iglesia canta, regocijada, el triunfo de su Divino Rey en su Resurrección, y juntamente celebra, llena de alborozo, el Sacrificio Eucarístico, que es solamente sacrificio del Corazón de Jesús, nos invita a considerar el sentido íntimo de las dos grandes Fiestas que al finalizar la Octava de Pentecostés, con la Fiesta de la Santísima Trinidad, celebramos los hijos de la Iglesia, unidos a nuestra Santa Madre, con breves días de intervalo: la Fiesta del Corpus Christi, el jueves siguiente a dicha Octava de Pentecostés, y la Fiesta

del Sacratísimo Corazón de Jesús, el viernes que sigue a la antigua Octava del Corpus.

Con plena seguridad podemos aseverar estas dos verdades, que, bien consideradas, irradian sobre nuestras almas una luz muy orientadora, las llenan de vivísima consolación y les infunden solidísima piedad: 1.ª la Fiesta del Corpus *completa* todas las demás Fiestas Cristianas; es el mejor y más precioso *complemento* de todas ellas; y 2.ª la Fiesta del Sagrado Corazón *explica* todas las mismas Fiestas Cristianas, y aun la que las completa, la del Corpus; es la *explicación* entera, perfecta y definitiva de todas.

LA FIESTA DEL CORPUS COMPLETA TODAS LAS FIESTAS CRISTIANAS

I. *La Fiesta del Corpus Christi.* Decimos que ella es la que *completa* todas las demás Fiestas cristianas; es su mejor *complemento*. Efectivamente:

La Iglesia Jerárquica, Santa Madre nuestra, Esposa del Divino Redentor, Cuerpo Místico de Cristo, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, que es su Alma vivificante, ha dispuesto, desde sus primeros tiempos, y lo ha establecido con maravilloso acierto, que cada año, mientras la tierra hace el recorrido de su órbita alrededor del sol, centro de nuestro sistema planetario; mientras como hombres, habitantes de la tierra, tenemos nuestro año civil; recorramos, como cristianos, unidos a la Iglesia, y sintiendo con Ella nuestra órbita espiritual alrededor de nuestro Divino Sol, Jesucristo, celebrando, en una serie ordenadísima de Fiestas, que por lo mismo que giran en derredor del Sol de nuestras almas, y en el espacio de un año, los grandes misterios de la vida y de la obra de Cristo, es el año Eclesiástico, el año cristiano, el año litúrgico, con el cual la Iglesia, unida a Cristo, su Cabeza, tributa a la Divina Majestad el culto más perfecto, y juntamente variado y or-

denado, lleno de bellísima armonía, siembra, cultiva y cosecha de inestimables frutos de toda bendición y gracia celestial para nuestras almas.

La Sagrada Liturgia, como nos lo enseña el Papa Pío XII en su inmortal Encíclica "Mediator Dei", "nos propone al Cristo total (a lo largo de nuestro año cristiano) en los varios aspectos de su vida: al Cristo, que es Verbo del Padre Eterno; que nace de la Bienaventurada Virgen Ma-



ría; que nos enseña la verdad; que sana a los enfermos; que consuela a los afligidos; que después resucita triunfando de la muerte; que reinando en la gloria del cielo, nos envía el Espíritu Consolador; y que vive siempre en su Iglesia... Además, no nos lo presenta tan sólo como un ejemplo que imitar, sino también como un Maestro a quien escuchar, como un Pastor y Rey a quien seguir, como Artífice de nuestra salvación, Principio de nuestra santidad y Cabeza Mística, de la que somos miembros vivos con su misma vida”.

Por eso, prosigue el mismo gran Papa, el año Litúrgico “no es una fría e inerte representación de hechos que pertenecen al pasado, o una simple y desnuda evocación de realidades de otros tiempos. Es más bien Cristo mismo, que vive en su Iglesia siempre, prosiguiendo el camino de inmensa misericordia, iniciado en esta vida mortal, a fin de poner a los hombres en contacto con sus misterios y hacerles vivir por ellos; misterios perennemente presentes y operantes, ejemplos ilustres de perfección cristiana y fuentes de gracia divina, que perduran en nosotros con sus efectos. (La Iglesia) mientras propone a nuestra contemplación los misterios de Cristo, invoca con sus oraciones aquellos dones sobrenaturales por medio de los cuales sus hijos se compenetran del espíritu de estos misterios por virtud de Cristo. Por su impulso y en su virtud podemos asimilar nosotros con la colaboración de nuestra voluntad la fuerza vital como ramas del Árbol, como miembros de la Cabeza; y nos podemos transformar, progresiva y laboriosamente, hasta alcanzar la medida de la edad perfecta de Cristo”.

Estas palabras con las que el gran Pontífice delinea el espíritu, el curso y los efectos del año eclesiástico, año litúrgico, ¿no nos ponen ante los ojos no solamente la serie y desarrollo de las Fiestas cristianas, sino también su íntimo sentido y de sus inapreciables tesoros de bienes divinos?

Cada año avanzamos con Cristo en la vida de la Gracia para la vida de la Gloria. No tenemos otro Camino, ni otra Verdad, ni otra Vida, sino Cristo en sus Misterios.

El Adviento es nuestra gozosa expectación de una nueva venida de Cristo a nuestras almas para renovar nuestra vida cristiana, y cómo renacer a la santidad de nuestra profesión de cristianos, cuando conmemoramos jubilosos el Nacimiento de Él en Belén; y juntamente nos disponemos a aprovecharnos de los frutos de su copiosísima Redención para así presentarnos seguros ante Él, cuando venga de nuevo a pedirnos cuenta, como Juez, del empleo de nuestra vida de prueba en la tierra, y de nuestra correspondencia a sus riquísimos dones.

Sigue la Fiesta de la Epifanía, o Manifestación de Cristo, con las sucesivas manifestaciones de su amor, de su sabiduría y de su poder, para que sintamos como Él, imitemos sus ejemplos y sean sus enseñanzas la luz de nuestra vida.

Después de seguir a Cristo en su vida privada de treinta años en Nazaret, y en su vida pública de tres años por toda la Palestina, le acompañamos en su Pasión, participando de ella; subimos con Él al Calvario, hechos partícipes de su divinidad, y quiso morir en cruz para que nosotros viviésemos eternamente; nos hacemos, en su Resurrección, compañeros y participantes de su nueva vida, y en el cielo, a donde subimos con el corazón al verle elevarse en su Ascensión, para después ser allí sus dichosísimos conciudadanos. Y pues peregrinamos en la tierra, recibamos agradecidos la efusión del Espíritu Santo, que en Pentecostés descendió sobre los Apóstoles y Discípulos, reunidos en el Cenáculo con las santas mujeres y con María, Madre de Jesús, y que invisiblemente de continuo desciende sobre nosotros, infundiéndonos Él mismo, que es la Caridad de Dios, el amor de caridad con que podemos cumplir suave y eficazmente el precepto de la caridad, y con él todos los demás preceptos en la nueva vida que recibimos al ser bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Es-

píritu Santo, como recordamos en la Fiesta de la Santísima Trinidad, a la que estamos consagrados por la profesión cristiana.

Todas estas Fiestas cristianas requerían un complemento; y la Fiesta del Corpus Christi es la que a maravilla las completa todas.

Para entenderlo, basta recordar cuál fue la obra de Cristo en su venida al mundo. Esta obra comprende dos cosas.

La primera es nuestra salvación y redención. El Hijo de Dios hecho hombre se llama y es Jesús; es decir: Salud de Dios, Dios que salva; y nos salvó efectivamente redimiéndonos, esto es, rescatándonos de una triple servidumbre o esclavitud, y constituyéndonos en la dicha de un triple bien contrario al mal que padecíamos. Nos liberó de la esclavitud del error e ignorancia acerca de las verdades trascendentales de nuestra vida presente y futura; de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna; y del influjo tiránico de Satanás. Y tras esta triple liberación, nos alcanzó la posesión del triple grandísimo bien de la verdad, de la gracia y del traslado al Reino de Cristo. Estos son los frutos preciosísimos de su Redención; y ya que en las demás Fiestas Cristianas contemplamos y seguimos a Cristo en su vida de sacrificio, que culminó en la Cruz, y con el que nos alcanzó todos esos riquísimos frutos, en la del Corpus celebramos el misterio de su inmensa caridad con la que al renovar incruentamente el mismo sacrificio de la Cruz, y dárse nos en el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, nos comunica, nos transfiere, nos aplica aquellos magníficos frutos. De nada nos hubiera servido habernos alcanzado Él tanto bien, si no se nos hubiera aplicado individualmente ese bien a cada uno de nosotros. Y eso es la Eucaristía; eso es lo que dichosamente celebramos en la Fiesta del Corpus. Lo afirma el Doctor Angélico, cuando al comenzar la cuestión 83 de la Tercera Parte de la Suma Teológica, que versa sobre el Sacrificio de la Misa, asienta este gran principio: “Se llama este Misterio inmolación, por el orden o referencia que tiene a los efectos de la Pasión, de cuyos frutos nos hace participar; y así se dice en la Oración Secreta de la Dominica 9.^a después de Pentecostés: Cuantas veces se celebra la memoria de esta Hostia, otras tantas se alcanza el fruto de nuestra redención”. Es decir, que en los demás Misterios, cuyas Fiestas celebramos a lo largo del año litúrgico, nos alcanzó Cristo los frutos de su redención; y por éste del Altar, que celebramos el día de Corpus, nos los da a nosotros: nos libra individualmente de todos nuestros verdaderos males, y nos comunica los verdaderos bienes, aun su misma vida.

Mas no fue solamente la redención la obra de Cristo; vino también para enseñar e instituir la Religión verdadera, sobre natural, universal y única para todo el género humano, y para siempre duradera; es decir, la Religión con la que todos los hombres, relacionados y como enlazados con Dios por el triple vínculo de las verdades segurísimas que hemos de creer, de los preceptos santísimos que hemos de cumplir y del Culto sagrado y excelso con que por el mismo Cristo quiere ser Dios honrado por nosotros, alcanzásemos nuestro último fin sobrenatural, que es la posesión de Dios por conocimiento de visión y por amor perfecto de la vida eterna de la gloria.

Todo esto lo vamos viviendo a lo largo del año Litúrgico; pero quiso el Divino Maestro que su Religión tuviese un Centro único, al que se redujesen todas nuestras relaciones para con Dios, y del que se nos derivasen a nosotros todas las gracias divinas. Y ese Centro de la Religión de Cristo es la Eucaristía. En ella tenemos, en primer lugar, el resumen de todas nuestras creencias y, a la vez, la luz divina para vivir en nuestra fe; en segundo lugar, la gracia divina para guardar todos los preceptos, y aun los consejos que Cristo nos dio para el orden de nuestra vida temporal, preparación para la eterna; y, finalmente, es lo más exce-

lente del Culto cristiano y a donde confluyen todas las demás prácticas de ese mismo Culto. Por lo cual en la "Encíclica "Mirae caritatis" el gran Papa León XIII, recogiendo la doctrina de varios artículos de la Suma Teológica del Doctor Angélico, nos dice que la Eucaristía-Sacramento es el centro de toda la vida cristiana; y que la Eucaristía-Sacrificio es lo más excelente del culto cristiano: "Nada más grato ni más honroso para Dios que este augustísimo Misterio, en lo que tiene de Sacrificio". Ya San Juan Crisóstomo había dicho: "Mientras estamos en la tierra, este Sacrificio transforma la tierra en Cielo"; y San Agustín, remontando el vuelo a gran altura, como suele, afirma sin vacilar con su mente poderosa y su corazón de fuego: "Me atrevo a decir que Dios, con ser Omnipotente, no nos ha podido dar más; siendo infinitamente Sabio, no ha sabido darnos más; y aunque infinitamente Rico y Generoso, no ha tenido para darnos más".

Así, pues, ya que las dos cosas en que consiste la obra de Cristo en su venida al mundo: la Redención que hizo y la Religión que fundó, tienen por complemento maravilloso la Eucaristía, pues todo lo que nos consiguió al redimirnos nos lo aplica en este Misterio; y todo lo que instituyó en su Religión culmina y tiene su Centro en él; bien podemos decir que la Fiesta del Corpus completa perfectamente todas las Fiestas cristianas.

LA FIESTA DEL SACRADO CORAZON LAS EXPLICA TODAS

Vivió Jesucristo para nosotros, y murió por nosotros y murió por nosotros con muerte de cruz. Pero después de esto, quedaba oculto y como impenetrable este gran misterio: cómo siendo El quien es, y siendo sobre toda ponderación preciosísima su vida, la había dado por nosotros voluntariamente, y con muerte tan dolorosa y afrentosa. — Y no quiso El que este misterio quedase para nosotros oculto e impenetrable, sino que quiso que se nos revelase plenamente, y enseguida de su muerte; y por eso dispuso que fuese traspasado su Costado y abierto su Corazón, mientras su Cuerpo Sacratísimo aún pendía de la cruz, para que en su Corazón abierto tuviésemos la explicación completa, la revelación definitiva del gran misterio de su vida y de su muerte. Esta explicación y revelación es el Amor de su Corazón.

El Espíritu Santo nos dice por San Pablo que Cristo nos amó a todos los hombres, y se entregó por todos; amó a su Iglesia, y se entregó por Ella; me amó a mí, y se entregó por mí. En las tres expresiones, un mismo maravilloso hecho: su vida de entrega para nuestro bien hasta dar su vida en la cruz para que nosotros tuviésemos vida, la vida verdadera, la de la Gracia en la tierra y la de la Gloria en el cielo; y en dichas tres expresiones, una misma y única explicación, un motivo, una causa: el amor con que nos amó. Este amor es la clave, la explicación total de su vida y de su muerte. — Concuerdá con San Pablo el Discípulo amado de Jesús, San Juan, cuando nos dice que Cristo nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su Sangre. También aquí el hecho soberano de haber dado Cristo su vida derramando su Sangre preciosísima para lavarnos de nuestros pecados; y la misma explicación: el Amor con que nos amó. Y aún añade: "en esto hemos conocido el amor de caridad de Dios, hecho Hombre por nosotros, en que dió su vida por nuestro bien".

Y es perfectamente sabido que en todas las lenguas y en

todas las literaturas el símbolo connatural y expresivo del amor es el corazón humano; ni tan sólo del amor mismo, sino también de toda la vida moral humana, movida por el amor, ya que, como dice San Agustín, el amor es la fuerza de nuestra vida; por el amor somos llevados a dondequiera que somos llevados.

Más aún; también en todas las lenguas y literaturas, cuando una persona tiene un amor muy vehemente, ardentísimo, profundo, se dice de ella que está herida, llagada de amor en su corazón. Lo dice el mismo Divino Esposo a su Esposa en el Cantar de los Cantares: "Me has llagado el Corazón con una sola mirada de tus ojos."

Pues así en la vida de Cristo. Fue tan vehemente, tan ardiente, tan profundo el amor con que nos amó, que vivió con el Corazón llagado de amor.

Mas esta herida era invisible; y para que se nos hiciese patente, quiso que con una llaga visible fuese herido su Corazón. De estas dos llagas del Corazón de Cristo, una visible y otra invisible, nos habla ya el Seráfico Doctor San Buenaventura: "fue abierto el Corazón de Cristo con la herida visible de la lanza, para que por esta llaga visible veamos la llaga invisible de su amor". Que es lo que canta la Iglesia en un Himno de la Fiesta del Divino Corazón:

*"Te vulneratum caritas
Ictu patenti voluit,
Amoris invisibilis
Ut veneremur vulnera."*

Es decir: Tu amor de caridad te llevó a querer ser herido con llaga visible, para que por ella venerásemos la llaga invisible de tu amor.

De estas dos llagas, la visible la hicimos propiamente nosotros con nuestros pecados; como también lo canta la Iglesia:

*"Vibrantis hastam militis
Peccata nostra dirigunt;
Ferrumque dirae cuspidis
Mortale crimen acuit."*

Nuestros pecados fueron los que dirigieron la lanza del soldado cuando la vibró hacia el Costado de Cristo; y la culpa mortal fué la que aguzó el hierro de la cruelísima punta o cúspide de la lanza.

Pero la llaga interna, la que antes era invisible, se la hizo a Cristo su mismo Amor. Ya la tenemos patente; ya tenemos en ella la explicación completa, la revelación definitiva de todo cuanto fue la vida de Jesús y del porqué de su muerte. El mismo Amor le despertó del sepulcro para que resucitase, y así nos hiciese partícipes de su misma vida nueva; en alas de su Amor subió al cielo; y por su inmenso Amor a nosotros, nos envió con el Padre, y nos sigue enviando de continuo la Persona del Espíritu Santo, que es el Amor infinito, sustancial, entre el Padre y el Hijo. Y antes de su partida, en la Última Cena, fue su Amor el que instituyó el Misterio Eucarístico, como Sacrificio y como Sacramento.

Todo esto recordamos y celebramos en la Fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, para corresponder con nuestro amor al de El, después de haber recordado y celebrado las obras y efectos maravillosos de ese su Amor en todas las demás el magnífico complemento de todas ellas, la del Sagrado Corazón es la explicación perfecta y la revelación definitiva de todas.

JUAN DE MATA ROCASAN

EL PENSAMIENTO RELIGIOSO DE ISRAEL EXPUESTO POR BEN GOURION

David Ben Gourion, el Presidente del Gobierno del Estado de Israel acaba de lanzar un pequeño libro¹. La importancia que para todo cristiano tiene la palabra entrañable: Israel, hace que nos fijemos inmediatamente en este pequeño volumen, para investigar los pensamientos que dominan en el nuevo Estado, que ha surgido de pronto en el concierto diario de los nombres mundiales, como un río que aflora a la superficie después de haber hecho un largo recorrido oculto bajo la tierra.

Porque la palabra Israel despierta en nosotros profundas resonancias. Jacob luchando con el Ángel, y alcanzando bajo la luz titubeante de la aurora el nombre inmortal de Israel, el Fuerte contra Dios, se levanta en el fondo del río subconsciente de nuestros recuerdos, y una orquestación inaudible de profundos sonidos majestuosos acompaña este despertar.

¿Quién en efecto ignora toda la historia, llena de Dios hasta desbordar, del Israel bíblico? Y por esto ¿a qué pensamiento cristiano no se presentará con este nombre así re-

mozado en las páginas de los periódicos, el problema de la relación que exista entre este Israel nuevo y el antiguo?

¿Entronca el Israel de hoy con el de ayer? Es su continuidad histórica y de qué manera? ¿Qué piensan los israelitas de hoy de sus antepasados? Tanto más cuanto que esta cuestión está invisiblemente enlazada con algunas de las más graves cuestiones que un hombre puede plantearse.

Vamos a pedir su respuesta al hombre seguramente más representativo hoy día de Israel, y uno de los más conocedores de la entraña de su cuestión secular. Su nombre no hace mucho ha ocupado primeras planas de los diarios, y su fotografía en gestos amistosos con Eisenhower y Adenauer y Mac Millan ha ocupado un especial plano de actualidad. David Ben Gourion nos dirá lo que una mente representativa de Israel opina sobre puntos estrechamente relacionados con el problema cristiano.

Será nuestro trabajo simple espigamiento en su libro. No pretendemos construir ninguna teoría, sino sencillamente conocer y presentar sus puntos de vista.

LA TIERRA SOÑADA

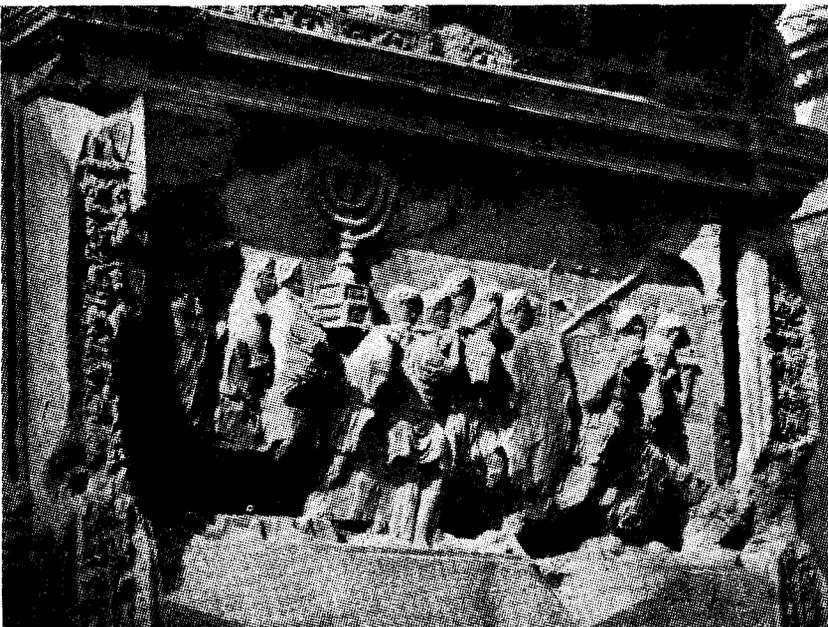
Nos cuenta en su libro las impresiones que recibió su alma al llegar en el año 1905 a la tierra de Israel por primera vez. Su relato, impregnado de una honda emoción de juventud y vestido de la verdadera poesía de las cosas sentidas en la entraña, puede hacernos comprender lo que cada judío lleva en su alma desde hace siglos: el recuerdo amoroso de una tierra que fue la de sus padres, a la cual se sienten enraizados sin haber vivido en ella, solamente sin duda porque la historia vieja de Israel la llevan prendida en sus almas, llenas de una fe, aunque sea materialista, en la divina palabra:

«Apenas desembarqué... me precipité a Petah-Tikvá... Esta primera noche sobre el suelo de la patria imprimió en mi corazón un recuerdo impregnado de gozo victorioso.»

1. DAVID BEN GOURION, *Le peuple et l'Etat d'Israel*. París 1959. Editions du Minuit. 185 pp.

No pude dormir: estaba, pues, en Israel, en una aldea hebrea en Tierra Santa, en una aldea judía, que llevaba el nombre de Petah-Tikvá «el umbral de la esperanza». Los aullidos de los chacales en las viñas, los rebuznos de los asnos en las cuadras, el croar de las ranas en los pantanos, el denso olor de las acacias, el rumor del mar a lo lejos, la sombra de los naranjos en la bruma, el titilar de las estrellas sobre el azul oscuro del lejano cielo, brillante e irreal, todo era maravillosamente extraño, como en un reino de leyenda...»

«Toda la noche permanecí sentado y en comunión con los cielos nuevos. ¡Qué bellos son los días de nuestro país, esos días bañados de luz, deslumbrantes, con sus paisajes montañosos o marítimos! Pero setenta y siete veces más admirables son las noches de profundos secretos; envueltas en misterio; las gotitas temblorosas de oro



7 Septiembre del año 70: Toma de Jerusalén por Tito.

Relieve conmemorativo del arco levantado en Roma.

que chispean en la bóveda celeste; el claro-oscuro de las noches de luna; el cristal del aire tenso de las montañas. Todo está impregnado de serenidad, de nostalgia y de secretos murmullos. Todo se baña en una atmósfera de irrealidad. Se escucha en silencio: los ecos de la infancia, los cuentos de antaño, y las visiones de los últimos días afloran cuando todo se calla. Llenan el alma y el corazón de esperanza.»

Y este mismo amor lleno de poética sugerencia y de irrompible esperanza aparece en las danzas juveniles de estos precursores con el gozo del futuro:

EL HECHO EXTRAORDINARIO

De «resurrección de Israel» es calificada la instauración del nuevo Estado de Israel por su principal fautor. Con esta palabra majestuosa da de una vez todo el valor que el hecho extraordinario del nuevo Estado tiene en la historia del mundo.

«He aquí que 1813 años después del hundimiento de la independencia de Israel, después del levantamiento de Bar Ko'ha, el Estado de Israel resucita por fin, y las puertas del país se abren de par en par para acoger a los proscritos» (p. 65).

Se advertirá cómo, tal vez deliberadamente, Ben Gourion señala la rebelión de Bar Kocheba en 135 p. Ch. como el fin de la independencia de Israel. Pero esta independencia no existía ya. El año 70 había tenido su final, en la catástrofe del Templo, conforme a la profecía de Jesús. La rebelión de Bar Kocheba en realidad debe ser contada más bien entre los intentos fallidos de restauración, como el primero. Pero es difícil que una mente israelí quiera venir

a aceptar el cumplimiento dramático de la profecía de Jesús que los cristianos llevan inscrito en la memoria...

«El 14 de mayo de 1948 el nuevo Estado no fue creado de la nada; ha resucitado 1813 años después de su independencia abolida en la época de Bar Kocheba... El nacimiento del Estado judío no fue un suceso de estrictos límites geográficos o cronológicos. Fue un suceso de resonancia mundial, que puso fin a una larga evolución histórica, que derribó los sistemas existentes, y provocó mutaciones que van más lejos que su definición limitada en el tiempo y en el espacio.

«Es demasiado pronto para juzgar el lugar que tendrá Israel en el sistema de fuerzas mundiales, y su papel en la determinación de las nuevas formas de la sociedad humana. Pero el mismo día de la fundación del Estado, se hizo evidente, y no sólo para los Judíos de Israel, que algo se había producido de incalculable alcance, que interesaba a todo judío de cualquier parte del mundo» (pp. 76-77).

CARACTERISTICAS DEL NUEVO ESTADO

Si reunimos algunos de los rasgos característicos de este nuevo y singular Estado, que el Presidente nos da podemos hacer el siguiente retrato:

Es un pueblo históricamente pequeño: *«Uno de los datos permanentes de nuestra historia es que hemos sido siempre que siempre hasta hoy hemos permanecido un pueblo*

infimo por el número. Este es un hecho cuyas consecuencias pesan sobre nuestra vida, tanto para bien como para mal» (p. 37-38).

Es un pueblo formado por desterrados que vienen de múltiples países. Desarrolla este hecho ampliamente, con todas sus consecuencias llenas de problemas, a lo largo de

15 Mayo 1948: Proclamación en el Museo de Tel Aviv del nuevo Estado de Israel.



todo el capítulo V: Diversidad y unicidad del Estado de Israel. Se trataba de formar un pueblo único, un Estado, de hombres venidos de distintas culturas, de distinta lengua, de distintas creencias religiosas también (fanáticos o ateos). Dar unidad a una masa imponente, elaborada apenas todavía.

Es un pueblo que tiene obligación fundamental (por razón de su misma esencia) de acoger a todo judío que quiera entrar. Obligado pues a aceptar la inmigración masiva con todos sus problemas. En diez años la población ha subido

LA LENGUA Y LA DEFENSA DE ISRAEL

El nuevo Estado ha hecho el prodigio de resucitar una lengua muerta, la hebrea. La lengua de la Biblia, la que hablaron Abraham, Moisés y los patriarcas, conservada como inmóvil y eterno monumento en el gran Libro, es hoy una lengua que se habla ordinariamente, que es obligatoria en las escuelas de todo el país, que dentro de poco será ya (ya lo es) la lengua hablada por todos los habitantes. Hoy sin embargo, hay multitud de idiomas al margen de ella. Pero la Ley de Enseñanza le dará el triunfo totalmente en breve.

Es un pueblo además que ha nacido en guerra. Los árabes le rodean por todas partes, como manos que aprietan un tumor en el Oriente medio, con deseo de deshincharlo.

LOS FACTORES FUNDAMENTALES DEL PUEBLO DE ISRAEL

«Nuestro problema religioso no es comparable con el de las relaciones entre la Iglesia y el Estado de los países cristianos. La religión judía es esencialmente diferente de la cristiana: no se contenta con dogmas especulativos, sino que se funda en prescripciones de hacer o no hacer, que intervienen en toda la vida del hombre, desde que nace (y aun desde su concepción) hasta su muerte y su inhumación, sin dejar ningún terreno neutro en que la religión no intervenga. Por otra parte nuestra religión es nacional: lleva encima todo el peso de la historia de Israel, desde su origen hasta hoy» (Dp. 116-117).

Estas palabras del Premier, más o menos exactas en cuanto al sentido del cristianismo, nos revelan ciertamente una posición necesaria y fundamental de Israel. Si se hace caso omiso de la religión, no hay posibilidad de historia de Israel, como tal pueblo.

«En los textos más antiguos de la Biblia se reconocen ya los dos factores que hacen de nosotros un pueblo: nuestra común descendencia de la semilla de Abraham y de los hijos de Israel (Jacob), y la alianza pactada entre Dios, su servidor Moisés y el pueblo de Israel» (Deuter, V, 3).»

Por eso todas las fiestas de Israel eran religiosas, y al conmemorarlas hoy no es posible quitarles este carácter. Esto ha provocado un ardiente conflicto entre los partidos religiosos fanáticos de lo antiguo, y los que no creen, que son muchos.

Al aprobar y reconocer el Consejo Nacional todas las Le-

SIGNIFICADO DEL MESIANISMO Y DEL MILAGRO

Hemos visto mencionadas por Ben Gourion dos palabras de carácter profundamente religioso: mesianismo y milagro. ¿Qué sentido tienen estos términos en boca de los actuales judíos? He aquí la concepción actual del mesianismo en Israel, que como se podrá apreciar es semejante a la que los racionalistas han pregonado:

«El pueblo de Israel, fiel a sí mismo, no puede aceptar la supremacía espiritual o moral de ninguna fuerza universal que le sea superior. (¿alude al subrayar él mismo

de 650.000 a dos millones. ¡Como si en Francia hubiesen entrado en ese mismo tiempo diez millones de franceses cada año!

Por razón de esta necesidad la Ley fundamental del nuevo Estado es la Ley llamada **del Retorno**, que abre las puertas del país a todo judío que pueda probar que lo es, sin más condiciones. De esta Ley trata el discurso de Ben Gourion ante el Keneset o Parlamento de Israel, que ha sido insertado en el capítulo IV del libro.

Pero Israel ganó, recién nacido, la guerra de la Independencia, y lucha contra todos los horizontes. Como escribe Ben Gourion, la mejor comparación para este pueblo es la que nos da la Biblia de los hebreos de la restauración de Nehemías: con una mano hacían el trabajo, y con la otra sostenían la espada (p. 72-73).

Uno de los momentos literariamente más logrados del libro es el de la muerte de los dos primeros pioneros caídos por Israel: un soldado y un campesino:

«Uno al lado del otro, descansan ahora el campesino y el soldado, en la tierra que han santificado con su vida y con su muerte» (p. 35). *He aquí el símbolo de la patria: los muertos en la tierra.*

yes del Gobierno Mandatario, la legislación actual ha reconocido por tanto el Estatuto legal del Gran Rabinato. He aquí un gran problema político existente entre los que quieren su poder y los que no lo quieren.

El tercer gran factor nacional de Israel es el **mesianismo**:

«La primera fuente del sionismo brota de la profundidad del subconsciente. Es perenne, no depende de épocas ni de lugares, es tan antigua como el mismo pueblo. Es la fe mesiánica... La fe en la venida del Mesías se ha convertido en uno de los principios del judaísmo. Cada judío repetía cada día: Creo con fe perfecta en la llegada del Mesías, y aunque tarde esperaré cada día su venida» (pp. 93-94).

Y por esto precisamente con plena energía reconoce Ben Gourion a la extraordinaria institución hebrea antigua del profetismo, el carácter de **auténtica interpretación del pensamiento nacional**:

«Antes de Jeremías ya diversas influencias extranjeras se filtraban en Israel, y chocaban contra el auténtico espíritu de la nación, expresado por boca de los profetas... Nuestro pueblo realizó obras inmortales, y una de las más milagrosas y grandiosas manifestaciones de la vida humana se reveló aquí: el profetismo hebreo, que dio a conocer la noticia de la futura redención, la de nuestro pueblo y la del mundo entero. Este anuncio mesiánico se convirtió en manantial de vida, valor y fortaleza para el pueblo judío a lo largo de sus trágicas desventuras e innumerables errores» (Dp. 40, 93).

la palabra universal al catolicismo, que por definición es universal?). No puede inclinar la cabeza delante de los que se han proclamado, por el hecho de su potencia militar o económica, árbitros supremos de la humanidad... Debe salvar su independencia en todos los problemas humanos, y preservar sus preciosos tesoros de libertad, igualdad, justicia y paz... En la escala mundial somos sólo una pequeña nación. No podemos tener la ambición de arreglar nosotros mismos problemas que son ahora

universales. Debemos someternos en este aspecto al parecer de los grandes y poderosos, que saben todo, tienen autoridad sobre todo y lo deciden todo. (Adviértase la amargura irónica de estas palabras.) Pero hay un plano en el que somos iguales a todos, y capaces como los demás de influir sobre la humanidad entera y las generaciones del porvenir: es el dominio del espíritu» (p. 56).

Esta herencia espiritual, que Israel espera hacer triunfar, logrando así un triunfo de sus ideas peculiares, que alcancen el dominio del mundo, está constituida por dos puntos principales: la idea de la dignidad del hombre, creado a imagen de Dios (p. 57), y la fe en el porvenir que ha hecho nacer el mesianismo y la esperanza de una redención nacional y universal» (p. 58). He aquí el mesianismo de Israel: una redención social de ideas, no personificada en hombre alguno, necesariamente al menos. Frente al mesianismo cristiano, que llama Mesías a Jesús, un hombre concreto que realizó la Redención de Dios en un orden sobrenatural (aunque luego tenga consecuencias sociales ciertamente), Israel cree en una redención universal y nacional de tipo exclusivamente social: He aquí el principal abismo de separación entre las dos concepciones mesiánicas: la racionalista y la cristiana, la judía y la católica.

«Jamás nos hemos vuelto hacia una legendaria Edad de Oro, hacia un pasado que no volverá. Nuestra tensión es hacia el futuro, hacia esos días futuros en que la tierra se llenará del conocimiento de Dios, como las aguas cubren el mar, en que los pueblos cambiarán sus espadas por arados en que ninguna nación alzaré la espada contra otra nación ni enseñará la guerra» (pp. 58-59).

Es manifiesta la alusión a los textos de Isaías, y hace pensar el texto, al mostrar al desnudo la concepción mesiánica, en la traducción moderna del pensamiento judío antiguo de imperialismo dominador, pero espiritualizado y modernizado. Pero no es el triunfo de Cristo lo que se otea, sino el triunfo de Israel, que es el hijo de Dios.

La palabra **milagro** usada por Ben Gourion, repetidas

veces, lo es en el orden natural de hecho prodigioso: «sobrevino el milagro de nuestra independencia» (p. 103); «el milagro del nacimiento del Estado» (p. 133); «Toda nuestra obra en el país es uno de los milagros de la historia, pero no un milagro sobrenatural» (pp. 172-173).

Y sin embargo en este último texto muestra Ben Gourion de manera máxima su acercamiento profundo al pensamiento tradicional del judaísmo, religioso máximamente:

«Tales milagros sobrenaturales, si es que existen, no deben parecernos inconcebibles: si es posible crear un globo terrestre y hacerlo moverse perpetuamente alrededor del sol, es posible también ordenarle que se pare o detener el sol. La inteligencia humana no ha llegado hasta ahora —y no se sabe si llegará jamás— a descifrar el misterio de la creación, el enigma de la existencia y de su perpetua renovación. Cuanto más conocen la inteligencia y la experiencia humanas el mundo que nos rodea tanto ese enigma se hace más profundo y la clave del universo se aleja de nosotros» (p. 173).

En estas palabras está admirablemente matizado su pensamiento. No es imposible de concebir el milagro, pues todo es misterioso para nosotros, pero no se sabe tampoco si existe. Su acercamiento a la fe es acercamiento al misterio, pero permanece en la duda respetuosa de la incredulidad. Así los racionalistas de hoy, aleccionados por la experiencia, se han acercado algo más. Ya no niegan, sino que se abstienen. Pero hay posibilidad de comprensión. Diríase que es el mismo avance científico el que ha hecho más respetuosa a la verdadera inteligencia.

Pero a continuación abre la conclusión de estas premisas. El trata solamente del milagro natural, puesto que no sabe si existe el sobrenatural: y el milagro natural es la tenacidad y la inteligencia del hombre: «el maravilloso instrumento, inmensamente poderoso, que ayuda al hombre a dominar la naturaleza no es otro que el hombre mismo» (p. 173). He aquí por fin el pensamiento concreto de la ciencia moderna, orgullosa de sí misma.

LA BIBLIA

«Nos hace falta infundir a la juventud la sustancia y la esencia de los valores del judaísmo, y especialmente los de la Biblia. En Israel una enseñanza no fundada sobre la Biblia es impensable. Debemos pensar en especial en incluir en nuestros programas los mensajes de nuestros Profetas, sus lecciones de justicia y de caridad, de fraternidad humana, de amor del prójimo. Debemos implantar en el corazón de nuestros hijos, desde su más tierna edad, el ansia por una sociedad que no hiera ni dañe, en la que reinen la igualdad y la justicia, una fraternidad fecunda, la tolerancia y la libertad» (p. 127).

Al oír declaraciones como estas uno entiende mejor el sentido de muchos acontecimientos del mundo, desde la revolución francesa para aquí: es un mismo espíritu humano el que impregna estos pensamientos: humano sin duda en los dos sentidos: de exaltación de la dignidad del hombre, pero también de la dignidad del hombre natural: diríase un retorno al paraíso, y en realidad tal pensamiento, imperante en el mundo hoy plenamente, contiene simplemente la negación, o la deliberada ignorancia del pecado original.

«Sin el estudio de la Biblia no puede haber educación judía, ni en Israel ni en la Diáspora. El judío ortodoxo encuentra en la Biblia los orígenes y los sucesos sobre los que funda su fe. Pero aun el judío que no practica descubre allí la génesis de su pueblo, los episodios de la lucha contra el mundo de la idolatría los relatos de glo-

ria y de esplendor, el vigor de la profecía de Israel, inestimables tesoros de lirismo, sabiduría y pensamiento, inigualables por su fervor espiritual, su pureza poética y su audacia de expresión.

«Con la Biblia escoltará a los Patriarcas que recorren la Tierra Santa como los cheiks beduinos de hoy; gustará su modo de vivir rústico, sobre todo el de Abraham, el primer hebreo de la dinastía, y la irradiación de una grandeza de alma, de una soberana sabiduría, de una gracia humana brotadas de la comunión vivida con el Dios de verdad y de bondad, que presente en sus corazonas, iluminaba sus caminos.

«Por el estudio de los Profetas de Israel, visionarios de la casta verdad y de la justicia ideal, penetrará el secreto de aquella fuerza de alma, que jamás ha abandonado al pueblo judío a lo largo de las generaciones. Percibirá, en cada página, la sed moral y espiritual de una unidad suprema: unidad de la nación, unidad del género humano, unidad del universo cósmico, unidad de la materia y del espíritu, unidad del Creador y de la criatura. Esta sed no ha sido calmada desde Abraham con Moisés, los Profetas de Israel, los sabios de la edad media, hasta los filósofos modernos como Spinoza o Einstein. (Nótese de paso aquí claramente la mezcla de los conceptos divinos y humanos, característica del pensamiento moderno, racionalista y judío, obra maestra suya: la mención de Spinoza no es aquí casual, para iluminar mejor el sentido panteístico de aquella declaración a pri-

mera vista admirable: «la unidad del Creador y de la criatura»).

pendientes entre sí están el articularismo histórico de su «Por la Biblia comprenderá cuán relacionados y de pueblo y su misión universal y humana. Encontrará en la Biblia algo más que la historia, la poesía, la sabiduría, la filosofía y aun que la inspiración divina. En el Libro de los Libros leerá el porvenir, el porvenir de su pueblo y el de la humanidad, el apocalipsis del fin de los tiem-

pos, visión de redención, de paz y de justicia que en la Antigüedad fue descrita desde lo alto del Monte de Jerusalén, y hoy todavía irradia, en plenitud de frescor, y hace estremecerse los corazones como en el día de su proclamación. Trae el verdadero mensaje de la liberación de Israel, y la respuesta a los dos problemas vitales de la humanidad de hoy: el del trabajo en la sociedad, y el de la guerra y la paz entre los pueblos... La Biblia ha llegado a ser el Libro Principal de todas las naciones del mundo» (pp. 152-154).

EL CRISTIANISMO

Y he aquí finalmente la posición, claramente delineada esta vez, y al mismo tiempo de nuevo del más marcado sabor racionalista, del judaísmo en frente del cristianismo. No necesita comentarios, pues ya estamos hechos a la afirmación de que no es Jesús sino San Pablo el constructor de la Iglesia.

«El combate más duro y largo lo tuvo que mantener el judaísmo cuando nació el cristianismo. Las civilizaciones egipcias, caldeas, griegas y romanas eran civilizaciones extranjeras. No sucedió lo mismo con el cristianismo, nacido del cuerpo mismo del judaísmo, de su seno y de su carne. El Hijo del Hombre en el que se apoyó la nueva religión era un Judío que vivía en medio de su pueblo. Sus concepciones religiosas y morales se inscribían en la doctrina judía de su tiempo. La enseñanza de Jesús no era diferente en su esencia de la de las sectas, numerosas en Israel antes de la destrucción del Templo. (Olvida aquí la afirmación de su divinidad por Jesús, piedra de escándalo de su condenación.) Judío de su tiempo, Jesús rehusaba tomar el pan de los hijos para arrojarlo a los perros, y al pedirle que socorriese a la mujer cananea respondió: No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.»

«La orientación antijudía fue impresa a la religión ju-

día por Saulo de Tarso, el principal propagador —y tal vez también el principal redactor— del Nuevo Testamento. Fue educado él también en el seno del judaísmo; fue discípulo del Rabbí Gamaliel, y como tal fariseo convencido. Pero, hijo de un ciudadano romano que vivía en el extranjero, había asimilado elementos de cultura helénica. Después de que la luz le fue revelada en el camino de Damasco, y que reconoció en Jesús al Hijo de Dios, modificó la orientación de la secta cristiana, cuyo adversario furioso había sido hasta entonces... En lugar de la visión profética que ilumina el porvenir, y conjuga la redención de Israel con la de las naciones, Saulo de Tarso enseñó la creencia en una redención celeste, anunciada por un Mesías que había venido ya» (pp. 45-47).

Así ha quedado aclarado de manera manifiesta a la lectura de este pasaje el pensamiento de Ben Gourion y del judaísmo: hay dos mesianismos, e Israel no tiene el individual en Cristo, sino el social en Israel. Y Saulo fue el culpable de esta orientación nueva del cristianismo, que le hizo irreconciliable con el judaísmo. Entre tanto, las afirmaciones de Jesús sobre su divinidad, que como decíamos motivaron su condena religiosa por los Judíos, son dejadas deliberadamente en la sombra de lo inexistente.

LA ROCA DE ISRAEL

Queremos acabar este artículo con la presentación de una anécdota relatada por Ben Gourion, que muestra las dificultades de la empresa del nuevo Israel y al par ilumina claramente la mentalidad semireligiosa, semiatea del nuevo Estado, conflicto interior necesario que presenta ante el mundo una nueva concepción religiosa hasta ahora desconocida en la historia de las naciones. Estas o se proclaman religiosas o se proclaman indiferentes o se proclaman ateas. Pero es nuevo el proclamarse, a la vez, religioso y no religioso.

«Solamente el último párrafo de la Carta de la Independencia levantó dificultades para su aprobación, porque contenía la expresión: **Confianza en la Roca de Israel**. Los racionalistas fanáticos encontraban que esto era atentar contra el libre-pensamiento, mientras que los extremistas ortodoxos juzgaban que era herético haber omitido

el término: y su Salvador. Después de muchas discusiones todo el mundo firmó finalmente el conjunto de la Declaración» (pp. 103-104).

De este modo y con este pensamiento va por la historia del mundo este recién nacido, y a la vez veterano, Estado de Israel, que, como anuncian las distintas ideas que aquí hemos mencionado, seguirá su curso, y, si no cae bajo la potencia de sus decididos adversarios y el abandono de sus amigos, llegará sin duda a dar mucho quehacer a la historia y a los historiadores.

Es de suma importancia valorar bien estas ideas, porque esta nación, según sabemos por la revelación, está llamada a jugar un papel preponderante en el futuro del mundo. (Cfr. Rom., XI, 12, 15, 25-27).

Juan Manuel de IGARTUA, S. I.

Director Nacional del Apostolado de la Oración

Bilbao, junio 1960

En el próximo número continuaremos la publicación de la serie de artículos sobre «DOCTRINA SOCIAL CATOLICA Y CIENCIAS ECONOMICAS» de la Dr. Elsa Hoerler de Carbonell que, por falta de espacio no podemos incluir en el presente.

Por su extraordinario interés y máxima actualidad, publicamos el texto de la Pastoral Colectiva que el Episcopado italiano ha dirigido a su Clero sobre el tema:

El laicismo, error fundamental de nuestro tiempo

(Roma, 25 marzo 1960)

Queremos que esta Carta Colectiva llegue a vosotros en una de las fechas más solemnes del calendario litúrgico, que la Iglesia nos invita a recordar tres veces al día: la Anunciación de la Virgen y la Encarnación del Hijo de Dios.

En las siguientes páginas descubriréis nuestra preocupación por un error y un estilo de vida que están en profunda oposición con la Encarnación y con la vida sobrenatural que la Encarnación ha instaurado en el mundo.

Existe un humanismo que pretende tomar en consideración todos los problemas humanos, comprenderlos y resolverlos con las fuerzas y valores puramente humanos, y se obstina en ignorar y combatir a Jesucristo.

La Encarnación es la que ha dado al mundo a Jesucristo, el cual ha puesto realmente en evidencia los problemas humanos, ha enseñado los principios y su verdadero valor, ha ofrecido los medios para su solución.

Con una falta de lógica incomprensible los que proclaman el supremo valor del hombre, no quieren saber nada de Cristo, de su obra, de aquellos que, siendo también hombres, creyendo en Él y siguiendo sus Mandamientos, saben que no sólo el hombre ha recibido de Dios un fin que supera su naturaleza, sino que esta misma naturaleza no puede explicarse y afirmarse en su plenitud, en su perfección armónica, si olvida la sobrenaturaleza, si rechaza la Gracia, si excluye las instituciones y medios que Dios ha querido para que la gracia llegase a las almas.

Nuestras palabras quieren especialmente reavivar en vosotros el sentido de la dignidad que os ha sido conferida como levadura, sal y luz del mundo (...)

Consoladoras realidades en la vida religiosa y en la social

Han surgido consoladoras realidades en el seno de la vida religiosa de las Naciones, a saber, una mayor apertura ante los problemas del espíritu; una mayor y más profunda cultura religiosa; intenso esfuerzo de elaboración de una doctrina social cristiana inserta en el tejido vivo de la realidad actual; una más consciente adhesión de grandes sectores de nuestro pueblo a la propia fe con una participación más intensa en la vida litúrgica y sacramental; organizaciones católicas con fines sociales y asistenciales; el despertar del laicado católico para extender la irradiación de la Jerarquía y transformar en sentido cristiano desde dentro los diversos campos de la actividad humana.

Entre los fenómenos de nuestro tiempo uno de los más importantes es la irrupción en el ámbito de las fuerzas vivas de las Naciones de masas que hasta ayer permanecieron fuera o al margen de la vida social.

Es un fenómeno de evolución social del que debemos alegrarnos y que nos impulsa a ponernos amorosamente al lado de la humanidad en marcha, como la historia nos dice que la Iglesia ha hecho siempre. Con todo, no podemos cerrar los ojos a las desviaciones de pensamiento y de costumbres que acompañan a este anhelo de renovación.

Desviaciones doctrinales y prácticas del mundo actual

Se trata de una concesión a un edonismo cada vez más desenfadado; de una supervaloración de los valores eco-

nómicos, de un contagioso relativismo moral que fascina especialmente a las jóvenes generaciones; de una exteriorización de la vida tan desordenada que casi extingue en el alma la posibilidad de reflexionar sobre las realidades más serias y proclama una victoria absurda de las realidades más efímeras y triviales.

Tenemos fe en el valor del mensaje cristiano, pero esta misma fe nos obliga a ver claramente en el mundo de hoy, para adoptar la posición cristiana y sacerdotal congruente.

El laicismo, denominador común de tales desviaciones

En el fondo de las desviaciones doctrinales y prácticas del mundo actual, ¿se puede descubrir como un denominador común que sea como el alma de todo y represente el principio inspirador de la compleja gama de las actitudes erróneas en el campo religioso y moral?

Creemos que sí y pensamos que esta actitud profunda se identifica con esa difusa mentalidad actual que se designa con el nombre de "laicismo". No tememos afirmar que este es el error fundamental en el que se contienen, en raíz, todos los otros en una infinidad de derivaciones y matices.

Concepción puramente naturalista de la vida

Es difícil dar una definición del laicismo, porque expresa un estado de ánimo complejo y presenta una variedad multiforme de posiciones. Sin embargo, se puede descubrir en él una línea constante, que podría definirse como una tendencia, o mejor todavía, como una mentalidad de oposición sistemática y timorata frente a toda influencia que pueda ejercer la Religión, en general, y la Jerarquía Católica, en particular, sobre los hombres, sus actividades e instituciones.

Es decir, nos hallamos ante una concepción puramente naturalista de la vida, en la que los valores religiosos o se rechazan explícitamente o son reelgados al estrecho ámbito de las conciencias y a la mística penumbra de los templos sin derecho alguno a penetrar e influenciar la vida pública del hombre, su actividad fisiológica, jurídica, científica, artística, económica, social, política, etc.

El laicismo radical se identifica con el ateísmo

Así tenemos antes que nada un laicismo que prácticamente se identifica con el ateísmo. Niega a Dios, se opone abiertamente a toda forma de religión, hace radicar todo en la esfera de la immanencia humana. Precisamente el marxismo adopta esta posición y conviene explicarlo detenidamente.

Su manifestación menos radical pero más corriente

También se da una manifestación menos radical, pero más corriente de laicismo, que admite a Dios y el hecho religioso, pero se niega a aceptar el orden sobrenatural como realidad viva y operante en la historia humana. En la edificación de la ciudad terrena pretende prescindir totalmente de los postulados de la Revelación cristiana, niega a la Iglesia una misión superior espiritual orientadora, iluminadora, vivificante en el orden temporal.

Las creencias religiosas son, según este laicismo, un hecho de naturaleza exclusivamente privada; en cuanto a la vida pública, sólo existiría el hombre en su condición puramente natural, totalmente desconectado de cualquier relación con un orden sobrenatural de la verdad y moralidad. Por tanto, el creyente es libre de profesar en su vida privada las ideas que crea. En cambio, si su fe religiosa, saliendo del ámbito de la práctica individual, intenta traducirse en acción concreta y coherente para conformar a los dictámenes del Evangelio su vida pública y social, entonces se denuncia el escándalo como si fuese una pretensión inadmisibles.

A lo sumo se reconoce a la Iglesia un poder soberano e independiente en el desarrollo de su actividad específicamente religiosa, que tiene un fin sobrenatural inmediato, actos del culto, administración de sacramentos, predicación de la doctrina revelada, etc.; pero se le discute todo derecho a intervenir en la vida pública del hombre, ya que ésta gozaría de una autonomía plena jurídica y moral y no podría aceptar dependencia alguna ni siquiera inspirarse en doctrinas externas.

Oposición esencial de principios con el Cristianismo

No nos detenemos en refutar tales afirmaciones que están en abierta oposición con la doctrina católica. Sólo queremos subrayar su grave importancia. Prácticamente se niega o se prescinde del hecho histórico de la Revelación; se desconoce la naturaleza y la misión salvadora de la Iglesia; se intenta romper la unidad de vida del cristiano, del que es absurdo querer separar la vida privada de la pública; se deja la distinción de la verdad y del error, del bien y del mal al arbitrio del individuo o de las colectividades, abriendo la puerta así a todas las aberraciones, individuales y sociales de las cuales, por desgracia, estos últimos decenios han dado terribles pruebas.

Como se ve, el fenómeno del laicismo tiene sus raíces en una oposición esencial de principios. No se agota con el hecho político contingente, antes prefiere llevar a cabo especialmente en este terreno su diaria polémica contra la Iglesia. En su acepción más corriente es una concepción de la vida que está en el extremo opuesto de la cristiana.

Nuevos procedimientos

El peligro oculto en este error está hoy acentuado por dos hechos. Ante todo el laicismo, en la coyuntura actual italiana, evita generalmente las actitudes vulgares y masivas del viejo anticlericalismo ochocentista; es más astuto, más dúctil, más brillante y adaptado a las técnicas actuales.

Más que atacar directamente prefiere la insinuación perversa y la crítica sutil; más que la discusión directa prefiere el abatimiento de espíritu y el desprecio; más que el ataque a las ideas prefiere la utilización de las debilidades de los hombres; más que los espectaculares alborotos callejeros prefiere el oropel de una cierta seriedad cultural.

Incluso cuando ataca a la Iglesia se esfuerza por pretextar nobles motivos; quisiera apartarla de todo "compromiso" temporal, purificarla de todo "contagio" mundano y político, y ponerla al ritmo del tiempo y rejuvenecer sus estructuras, para que, libre y remozada, pueda volver a ejercer su soberano ministerio espiritual en las almas.

Indeterminación y vaguedad de sus actitudes

A éste se une otro factor importante, el laicismo evita posiciones doctrinales precisas. Como todos los errores actuales prefiere la indeterminación y vaguedad de las actitudes. Se basa sobre todo en impresiones y sentimientos, en estados de ánimo. Esto se debe a veces a la superficialidad de sus ideas, pero con frecuencia obedece a un determinado

cálculo. Le gusta jugar con el equívoco para lograr los propios fines sin suscitar reacciones exageradas, especialmente en aquel sector de la opinión pública todavía vinculado de algún modo, a la religión y a la moral cristiana. Se encubre para obrar tranquilo, de manera que pueda crear gradualmente un clima de pensamiento y de vida desconectado de toda referencia sobrenatural y abierto a todas las aventuras intelectuales y morales.

Estos hechos hacen la insidia mucho más grave, porque bajo el aparente respeto a la fe religiosa del pueblo, se lleva a cabo gradual e insensiblemente una obra de corrosión sistemática del alma católica del país.

En el fondo, profunda oposición religiosa. Ejemplos que lo demuestran

Que en el fondo de la actitud laica actual hay una profunda oposición de índole religiosa, lo demuestra también una ojeada aún breve a sus más recientes manifestaciones, que pueden resumirse brevemente así:

a) Críticas enconadas, aunque expresadas a veces en forma de aparente respeto, a toda intervención del Magisterio eclesiástico, siempre que del terreno de los principios desciende a las aplicaciones prácticas; alarmas y negativas a la intervención de la Iglesia y de la Jerarquía hasta en materia de moralidad pública.

b) Intolerancia y desconfianza, si no abierta hostilidad, hacia todo lo que es expresión del pensamiento y de la vida de los católicos en el país; hacia todo lo que indica su presencia e influencia en los diferentes sectores de la vida pública

c) Publicidad complaciente dada a los episodios de inevitables deficiencias y presuntos escándalos del Clero y del laicado católico organizado; falsificación sistemática de los fines que animan a las obras católicas de asistencia, de caridad, de educación, etc.

d) Complaciente apoyo prestado a toda tentativa que tiende a introducir en la legislación italiana el divorcio y a atenuar las disposiciones vigentes para proteger las leyes de la vida.

e) Aislados pero claros esfuerzos por poner en discusión el Concordato que fue aceptado por consentimiento casi unánime inmediatamente después de la guerra e inserto en la Constitución.

f) Fuertes ataques contra la verdadera libertad de enseñanza no estatal y constantes acusaciones a los católicos de querer sabotear la escuela estatal; tenaz oposición a toda petición de ayuda por parte del Estado a la escuela no estatal e inculpación a la misma de falta de libertad y de no educar en la libertad, por cuanto al católico le estaría prohibida la libertad de investigación necesaria para el progreso de la cultura.

g) Escándalo y protestas por toda participación de las Autoridades públicas en manifestaciones religiosas o en actos de homenaje al Vicario de Cristo en el cual sólo se quiere ver al Soberano de la Ciudad del Vaticano, y tratar con él de igual a igual so pena de la humillación y abdicación del Estado de su dignidad soberana.

h) Incapacidad para comprender en su pleno sentido religioso las intervenciones de la Iglesia y de la Jerarquía encaminadas a orientar a los católicos en la vida pública, a recordarles, en el momento actual, el deber de la unidad y a ponerlos en guardia contra ideologías que, antes de ser aberraciones políticas y sociales, son auténticas herejías religiosas. Ayudarán a recordar las palabras de Pío XI: "Hay momentos en que Nos, el Episcopado, el Clero y los seglares católicos parece nos ocupamos de política. Pero en realidad sólo nos ocupamos de la religión y de los intereses religiosos, siempre que se combata por la libertad religiosa, por la santidad de la familia, por la santidad de la escuela y por la santificación de los días consagrados al Señor. Esto

PERSPECTIVAS DE CRISTIANDAD

Más de un millón de personas disfrutan de una renta anual inferior a 4.000 ptas.

La O.E.C.E. se transforma para promover el desarrollo de los países atrasados

La Organización Europea de Cooperación Económica ha elaborado un proyecto de reforma de su propia estructura para incluir como miembro de pleno derecho a los Estados Unidos y al Canadá y establecer una estrecha cooperación con el propósito de "acrecentar el desarrollo de los países menos desarrollados". En la nueva estructura la sigla O.E.C.E. se convierte en O.D.E.C. En la conferencia cumbre celebrada en diciembre pasado en París apremiaron los jefes de Estado para favorecer esta cooperación en el desarrollo de los países atrasados, y ahora parece llegado el momento de dar un paso definitivo en la creación del organismo competente. No se establece ningún límite para el número de miembros de la nueva entidad, aunque por lo pronto ingresan los 18 países de la Organización Europea de Cooperación Económica, más Estados Unidos y Canadá. Podrán también ingresar cualesquiera otros países sin restricciones geográficas, a invitación unánime de los fundadores.

Los esfuerzos de la cooperación internacional

No sabemos cuáles son los móviles que dirigen esta acción cooperativa del bloque occidental en favor del fomento y desarrollo de los países atrasados. Puede suponerse que impere siempre un criterio económico de "inversiones rentables"; de beneficios generales para el comercio internacional; o que se trate de prevenir cualquier acción del bloque comunista en este mismo sentido, tratando de atraer hacia su órbita a los países de ésta forma favorecidos. Existen sobrados ejemplos para ilustrar cada una de las hipótesis indicadas; pero aquí quie-

ro subrayar especialmente que el imperativo de la cooperación internacional en el plano económico, como el medio más eficaz para consolidar la paz, es ya una adquisición de la conciencia pública contemporánea, de la que hay también abundantes manifestaciones. Voy a citar ocasionalmente algunas antes de proponer el criterio cristiano que sanciona definitivamente esta cooperación.

En marzo de 1950 publicaba en Washington el Instituto de Asuntos Públicos un plan de ayuda a las naciones poco desarrolladas, mediante el empleo de 260.000 millones de dólares durante un periodo de 50 años, con objeto de sentar las bases de una política positiva de paz. Este nuevo y audaz plan debería realizarse con inversiones de todas las naciones, y en la medida de lo posible, debería quedar bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas. El Dr. Dewey Anderson, dactó este plan, lo calificó como un director del citado Instituto que ampliación del "punto IV" del programa de Truman y dijo que transformaría completamente la economía mundial, aumentando el nivel de vida de las dos terceras partes de la población universal y, por lo tanto, sentaría las bases para una paz más segura. "Este es un plan — decía — mejor que la bomba de hidrógeno para alterar la paz de la tierra. A esto es a lo que tiene que parecerse el "punto IV" de Truman, si es que queremos hacer algo. Esto podría ser la mejor contestación a la amenaza de expansión imperialista rusa."

Los autores del plan recomendaron el empleo de 14.700 millones de dólares para los cinco primeros años de vigencia, para continuar, donde terminaba el plan Marshall. Preveían que la primera cuota podía incluir 1.700 millones en entregas directas; 9.000 millones de dólares podrían consistir en una inversión de fondos públicos, de los cuales los Estados Unidos aportarían 7.000 y otros 4.000 podrían obte-

nerse de inversiones particulares. El estudio preveía que, después de los primeros cinco años del plan, se nivelaría a la inversión calculada en 7.000 millones al año en préstamos, créditos e inversiones particulares reembolsables. El gasto total de 260.000 millones de dólares aumentaría la producción y los capitales locales que de esta forma equivaldrían a una suma idéntica hasta disponer de 520.000 millones necesarios para lograr la elevación económica proyectada para los países atrasados.

En las características de este plan del Instituto de Asuntos Públicos de Washington, quedan veladamente esbozadas dos hipótesis anticipadas anteriormente: la de hacer inversiones rentables y la de prevenir la acción de los países comunistas. Queda ahora por presentar el criterio cristiano que es el que aquí esencialmente nos interesa. Está formulado en un discurso pronunciado por el Papa Pío XII ante el IV Congreso Mundial del Petróleo, celebrado en Roma en junio de 1955. Decía así: "Las riquezas naturales de una región, de un pueblo, de un continente, están destinadas a favorecer no solamente los intereses de un grupo, sino a mejorar las condiciones de vida materiales, morales y espirituales de los grupos humanos que han de vivir aprovechando las riquezas del subsuelo. El carácter mundial, de día en día más palpitante, de la economía, y los deberes que incumben a las naciones ricas con los pueblos menos privilegiados, hallarán su actuación en el reparto de los bienes producidos." Más adelante insistió el Papa en la "abolición de cualquier forma de egoísmo individual colectivo..."

La irritante desigualdad de riquezas.

En la XIX Semana Social celebrada en Madrid en el Consejo de Investigaciones Científicas bajo la presidencia de los obispos auxiliares de Valencia

no es hacer política... Entonces es la política la que ha invadido la religión y el altar. Y Nos defendemos el altar". (Pío XI, Discurso del 19 de septiembre de 1925).

De estas breves indicaciones resulta evidente la gravedad de los errores difundidos bajo la etiqueta del laicismo.

La Iglesia no tiene ningún interés en renovar antiguas disensiones ni desea que los católicos se dejen arrastrar a un campo de estériles polémicas, las cuales sólo servirían

para destruir la unión espiritual de la nación y para apartarla del duro y positivo deber diario de edificación de una sociedad más justa y más capaz de resolver los problemas concretos y urgentes de la vida de nuestro pueblo.

Sin embargo, no puede permanecer indiferente frente a estos ataques que afectan a la sustancia de su doctrina. Traicionaría su misión y abriría la puerta a fáciles desorientaciones en las almas confiadas a Ella.

(Continuará)

y Madrid, doctores González Moralejo y García Lahiguera, respectivamente, se dieron a conocer estadísticas según las cuales sólo el 25 por 100 de la población mundial está suficientemente alimentado y el 30 por 100 de los hombres acaparan el 75 por 100 de los bienes de que dispone hoy el globo. Hoy es ya vulgar el concepto de "zona atrasada", con el que se quiere indicar aquella donde la actividad económica es muy reducida y poco adelantada; aquella que dispone de riquezas o recursos que permitirían una actividad económica mucho mayor y que muchas veces ni siquiera son conocidos. En estas zonas reside una población, a veces numerosísima, con un nivel de vida ínfimo. Son en general zonas o países que en el siglo XIX se llamaron colonias y fueron objeto de codicia o apetencia de las naciones adelantadas; más adelante, en el segundo cuarto del siglo XX, las potencias coloniales ocultaron esta política con el nombre de "derecho a las materias primas". Hoy se conocen como "zonas atrasadas" cinco grandes regiones del globo: Extremo Oriente; los imperios coloniales, África sobre todo; los territorios coloniales de las Antillas; el Próximo Oriente y por último el Sudeste y Sur de Europa. La vastedad de estas "zonas atrasadas" certifica el resultado estadístico dado anteriormente de que muy pocos detentan la mayor parte de las riquezas del globo. Según datos publicados por las Naciones Unidas, de los 2.570 millones de habitantes que sumaba la población del mundo en el año 1953, más de 1.600 millones disfrutaba de una renta inferior a 4.000 pesetas. Desde aquellos años hasta el presente, la mala distribución de la riqueza entre los países se ha agudi-

zado y así, mientras algunos pueblos "adelantados" han alcanzado unos niveles de prosperidad como no habían conocido desde hace siglos, las "zonas atrasadas" siguen en el mismo atraso, agravado quizá por el incremento de la población y por factores circunstanciales de la política y de la economía internacionales.

En la misma estadística de las Naciones Unidas se decía que de 1938 a 1953 se ha duplicado la producción de alimentos, consecuencia sobre todo, de un avance extraordinario de la técnica en los países más adelantados. El reajuste de la economía, turbada profundamente por la guerra, ha hecho surgir, entre otras causas, en diferentes países los llamados "excedentes agrícolas". En el sentido gramatical se entiende por "excedente", lo que queda después de ser atendida una necesidad. Como concepto económico el sentido es mucho más amplio, ya que las existencias de productos pueden encontrarse en exceso, cuando las necesidades de los consumidores potenciales están muy lejos de ser satisfechas. Y esto es lo que en realidad ocurre en los momentos actuales, y lo que motiva la "irritación" a que alude el ladillo que precede a estos párrafos. A veces se trata de "excedentes a un precio determinado", ya que con disminución de precios estos excedentes tendrían una salida e irían a satisfacer necesidades. En las condiciones del mercado mundial, los excedentes de países desarrollados que crean motivos de preocupación en las mismas zonas productoras y de perturbación en los mercados mundiales si estos excedentes salen a la venta a precios inferiores, son indicio de una desorganización de la economía mundial, que

legítimamente no podría reducir el juego de sus transacciones a una zona determinada y restringida. En el texto citado del Papa, Pío XII se habla del "carácter mundial de la economía y de los deberes que incumben a las naciones ricas con los pueblos menos privilegiados".

Este tiene que ser el criterio moral que presida las nuevas estructuras económicas, pues es seguro que cuando estén plenamente vigentes desaparecerá el escándalo de la destrucción de los "excedentes", como ocurrió con el café del Brasil entre 1931 y 1934, y dejará de considerarse como una desgracia en un país el excedente de una producción agrícola, porque en condiciones equilibradas de precio, los consumidores potenciales, que tienen pleno derecho a esos "excedentes", tendrán acceso a los mismos. De esta forma, terminará o se irá atenuando la irritante desigualdad en el disfrute de las riquezas de la tierra y, evidentemente, se habrán sentado bases sólidas para la paz internacional.

Naturalmente este resultado requiere una modificación fundamental de concepciones, olvidando los compartimientos artificiales de pueblos, continentes y razas para admitir que todos pertenecemos a una misma especie y participamos de la misma naturaleza humana, hechos a imagen de Dios y con un alma inmortal y un destino eterno. De todos modos es grato consignar hechos como el que motiva este comentario, que apurados en su último sentido, llevarían a esta evidencia cristiana de la hermandad de todos los hombres y la solidaridad de todas las economías

JESÚS SÁINZ MAZPULE

Madrid, junio 1960

LETRAS

LAS «POESIES» DE CASAS Y AMIGÓ*

Nos parece muy oportuna la reedición de las "Poesies" de Casas y Amigó, con motivo del centenario de su nacimiento, a cargo de Ramón Folch y Camarasa. La pulcra edición, que vuelve a imprimir alguno de los elementos decorativos de las ediciones inmediatas a la muerte del poeta, ha puesto ortográficamente al día los versos de Casas y Amigó, conservando toda la transparencia y el ritmo de los poemas. Pulcra edición, pues, en todos los aspectos; puesto que, además, en ella se sigue cumpliendo la última voluntad del poeta fallecido, quien dispuso hace ochenta años que el producto de las posibles ediciones de su obra fuera destinado a obras de caridad; así se hace también con la presente entrega.

Nosotros, sobre la oportunidad corriente, por la cual podemos valorar de nuevo todos los primores de una obrita vieja ya de tres cuartos de siglo, estimamos lo que ésta

nos ofrece de comprobación y de confrontación. Releyendo ahora los versos de Casas se nos aparece en todo su vigor la autenticidad de una obra compuesta con limpieza de corazón y con elocuencia lírica. En la obra de Casas y Amigó, que componen en su totalidad unos cincuenta poemas, está caracterizado su autor como elemento integrante de la realidad de su país y de su tiempo. A nosotros nos agrada que la obra de los poetas—y en general, de todos los artistas—sea una obra inconfundible; las obras deben estar marcadas por la impronta y el sello del país en que nacieron y de la época en que vieron la luz. No quiere ello decir que deban morir con su época sino que es preciso que partan de ella para alcanzar la universalidad y la perennidad. Estas características se cumplen bellamente en la obra poética de Casas y Amigó. Los versos que escribió respondían a un país determinado, Cataluña, y a un tiempo determinado, aquel tiempo de renacimiento patricio, historicista, azotado por diversas corrientes encontradas, ante

* Nueva edición de Editorial Ramón Casals.-Barcelona,

las cuales el astro de Casas y Amigó se mantuvo íntegro y sereno y proclamó ardientemente su fe.

Esta comprobación es útil en nuestro tiempo. La mayoría de los poemas que leemos hoy, escritos por jóvenes poetas que pretenden vibrar al ritmo de su época y responder a las características de su país, podrían haber nacido aquí o en un país inominado y en un tiempo por precisar. Muchos jóvenes poetas supuestamente patrióticos escriben unos poemas apátridas, en los que el paisaje, la luz, los árboles, el contorno geográfico brillan completamente por su ausencia; o, en el mejor de los casos, responden a ilusorios parajes arrancados de otras lecturas. Es preciso que, para que la poesía sea verdaderamente reflejo del alma del hombre, contenga los elementos exteriores en que esta alma bebe su luz cotidiana. Cabalmente el sentido de Patria que tenían nuestros padres o abuelos, a cuya generación perteneció el romántico poeta cuya obra ha sido ahora reeditada, alcanzaba esplendores que hoy no tiene, pese a los esfuerzos con que pretenden airearla sus cantores de hoy. Lo mismo ocurre con los conceptos todos de la vida terrena: al expresar Casas y Amigó, repetidamente, en sus poemas, su sumisión y adhesión a la tradición catalana — en versos de muy notable fuerza, de muy hondo valor, tales como los que componen, entre otras, “El Monestir”, “El roure vell”, “L’escón”, “La Masia”, etc. — manifestaba un sentido pleno de la vida, una filiación categórica y completa, que contrasta con las vacilaciones, con el pesimismo, con el patetismo y, en suma, la arbitrariedad de los “men-

o nos hace llegar al alma. No se nos tome por retrógrados mal informados o por gente resuelta a no encontrar bello más que lo que ya pasó. Hablamos de un fenómeno en sus líneas generales y sin referencia a las consabidas batallas entre distintas escuelas o estilos. El arte de Casas y Amigó ha sido, sin duda, formalmente superado por otras corrientes, pero el planteamiento que el poeta hizo del fenómeno lírico, como patriota y como hombre, es sin duda en él superior al de sus equivalentes de hoy y tiene, contra el quehacer de sus equivalentes hodiernos, un valor permanente.

Como poeta, fue Casas y Amigó un servidor de las tradiciones de Cataluña y, en primer lugar, y presidiéndolas

todas, de su tradición religiosa. La obra entera de Casas y Amigó está impregnada del sentido religioso. Algunas de sus poesías son piezas inmarcables de canto a la fe; a la fe de las generaciones que se han sucedido y a la propia fe del poeta, una fe viva y activa. Un sentimiento lírico exquisito alienta en estos poemas, tales como “La Misa primera”, “La Germana de la Caritat”, “A la Verge de Montserrat”, “Al Santíssim Sagrament”, y aquel maravilloso poema titulado “La veu de Jesús”, escrito después de recibir la sagrada Comunión el día de la Purísima del año 1886; dicho poema es de una elevación mística y de una trascendencia formal que conmueven el alma y podría equipararse a las más altas cimas alcanzadas en el género por San Juan de la Cruz o Jacinto Verdaguer.

*Hi visc ocelleta enamorada
ja fa dinou cents anys.
Venir-hi des del cel, quina volada!
Si me'n costa d'afanys!
Mes tot el que he sofert serà dolcesa
si em dones el teu cor
El món només va omplint-te'l de tristesa,
jo l'ompliré d'amor.*

En sus poemas de la tierra logra también Casas y Amigó alturas memorables. El país, con su paisaje y su gente, vive en las estampas poéticas de Casa y Amigó, con un vigor y una aliento poético extraordinarios. Son conocidos, y todavía se repiten, frescos en la memoria, aquellos poemas que se titulan “El roure vell”, “La Masia” o “Hivern”.

*Déu meu, quina nevada!
No es veu ni un brot.
Que blanc es tot Maria!
Que blanc es tot!*

Como dice Menéndez y Pelayo del poeta cuya conmemoración se celebra éste, fue “una alma pura, angelical y verdaderamente poética, con la mejor y más sana poesía”. Y aquellos que han contribuido a poner al día y a evidenciar una vez más las dotes y el canto de Casas y Amigó han rendido un servicio a las generaciones actuales, que así tendrán ocasión de gustar las delicias de este auténtico tesoro de gracia y de armonía.

IGNACIO AGUSTÍ

CINE

“LA MANO IZQUIERDA DE DIOS”

Inspirada en un tema novelístico, el film “La Mano Izquierda de Dios” nos evoca una serie de situaciones míticas que han adquirido categoría en la historia de la literatura, de la narración, y modernamente del cine.

En sustancia, el tema de “La Mano Izquierda de Dios”, que a alguno puede parecerle extremadamente novedoso, no es más que una versión moderna de la conjunción del librepensador o del descreído con la función religiosa, que ya en el siglo XVIII aparece en el “Emilio” de Rousseau.

En la concepción dieciochesca, un hombre dotado de una gran bondad “natural” desempeña funciones religiosas, sin creer en los dogmas que tiene que predicar para cumplir con su misión. Es una anécdota literaria que tiene un eco reciente en la historia de las letras heterodoxas, en el “San Manuel Bueno”, de Unamuno, sacerdote que desempeña fielmente su cometido, y, sin embargo, tiene el corazón desnudo de fe.

El protagonista de “La mano izquierda de Dios”, film que debe ser discutido, no responde exactamente al esquema tradicional: no se trata del bueno “naturalmente bueno” que realiza un esquema externo de actitudes religiosas

para cumplir con su deber. Se trata del oportunista, o del evadido, del aventurero, atrapado por el destino, que quiere escapar a éste, y halla un refugio en la ficción misional.

Un aviador americano cae en tierras de China, y es capturado por las fuerzas del guerrillero Yang, quien, al percatarse de sus grandes dotes militares, acuerda no desaprovecharlas, y lo conviene en su lugarteniente. El brazo derecho de Yang sabe, sin embargo, que más que un cómplice o un aliado, es un prisionero. Lucha a su lado, y por él emprende correrías al frente de sus hombres; pero el destino le pesa duramente sobre el corazón y siente el anhelo de liberarse.

Un sacerdote americano se dirigía a su misión. Uno de los hombres de Yang dispara contra él. Mientras aquél aprueba la acción, su lugarteniente siente la repugnancia más fuerte ante la brutalidad cometida. Yang y el aviador se enzarzan en una fuerte discusión, después de una escena en que se juegan el sueldo del lugarteniente a los dados. El aviador está cansado de la vida aventurera, de las tropelías, le fechorías, de su situación práctica de esclavitud. Y la acción contra el misionero, que refocila a Yang, sirve para

umentar su descontento. Quiere huir, quiere escapar. Viste los hábitos del sacerdote asesinado. Así llega a una misión, haciéndose pasar por sacerdote.

Su situación, no hay que decirlo, es claramente sacrilega. Situación en una postura difícil, él, que se ha cubierto con la sotana para salvar la piel, tiene que complacer a sus feligreses, que piden consejos, confesiones, enseñanzas, predicación, oficios...

Ya decía yo que este aventurero es, pese a hallarse en la misma línea, el polo opuesto a un "vicario saboyano", de enternecedor deísmo rousseauiano, o a un San Manuel Bueno, que no tiene fe, y realiza exteriormente su misión eclesiástica. De estos dos personajes, típicos de una postura heterodoxa, escéptica, se halla a una distancia considerable. Nos hallamos no ante un hombre de "buena fe" que ejecuta unos ritos en que no cree, sino ante un aventurero que, en un momento difícil, adopta una postura en la que no cree, y se siente lentamente dominado por ella.

Hace de sacerdote, de pastor de almas. No creía. Él mismo declara que desde su primera mocedad no ha entrado en una iglesia. Pero, así como en las otras concepciones literarias a que he aludido, la función permanece ajena al desarrollo espiritual íntimo, aquí la función se va adueñando lentamente, poderosamente, imperiosamente, de su realizador, hasta el punto de conmoerlo y de atarle no sabemos si con una fe sobrenatural o simplemente con una emoción humana.

Lo triste es eso: lo triste es que el personaje es humano, demasiado humano. Lo triste es que el escándalo entra no solo por los conceptos, sino por la vista. Este hombre no es sacerdote. Viste unos hábitos que no le corresponden. Lleva una sotana que no es la suya. Sin embargo el impacto de los hábitos en el público es demasiado fuerte para que, pese a que luego se entera de la verdadera condición del protagonista, no sienta, ni sintamos, el desagradable arañazo del escándalo, contemplando a la sotana sacerdotal en situaciones indignas de los mismos símbolos del sacerdocio.

Recuerdo que el primer cartel anunciador del film que

pude contemplar, me produjo un íntimo escozor de desagradado, ante aquella figura sacerdotal con una pistola en la mano. La pistola, que pone el falso sacerdote bajo la almohada, así como las escenas amorosas con la enfermera, constituyen, aunque correspondan a la forma, momento desagradables.

Sabemos — ¿qué duda cabe? — que, no tratándose de un sacerdote, los amores no son en realidad ilícitos. Pero la impresión plástica de una figura sacerdotal en trances impropios o calumniosos para el sacerdocio, no puede dejar de producir un impacto desagradable y de escandalizar a los espectadores que no tengan la piel demasiado curtida.

Quizá los realizadores hayan pensado, ante esta creación cinematográfica, inspirada en una novela, en ese tipo de espectadores de piel absolutamente insensible y endurecida. Si las escenas, que pueden poner en una situación desagradable, aunque sea de una manera superficial y simbólica, la dignidad sacerdotal, resbalan sobre una insensibilidad bastante poderosa, es evidente que entonces puede el espectador recibir, tomar, la parte de enseñanza moral que el film quiere darnos.

Dios se vale del mal para un bien mayor. La presencia sacrilega del aventurero en la misión, produce un crecimiento considerable de la fe. Incluso, sus mismas relaciones con Yang, que viene a buscarle al frente de sus hombres, a quien él derrota en una partida de dados, aparecen como un milagro realizado por la santidad del falso misionero. En síntesis: esta realización entra de pleno dentro de cierto Cristianismo literario negro, de tinieblas, que se goza en el aspecto negativo, y busca a través de la enorme sombra del mal, la presencia de Dios.

No era otro el tema que inspiró la película "El renegado". Si en ésta se trataba de un sacerdote verdadero, pero sacrilego, aquí se trata de un farsante que llega a encarnarse con la función sacerdotal y edifica y beneficia las almas de unos feligreses subyugados por la teatralidad con que desempeña su papel.

FRANCISCO SALVA MIQUEL

V SEMANA INTERNACIONAL DE CINE RELIGIOSO (Valladolid 1960)

Desde 1956 vienen desarrollándose anualmente en Valladolid unas «Semanas Internacionales de Cine Religioso».

Al finalizar la Semana fueron redactadas unas conclusiones que reproducimos a continuación para información de nuestros lectores.

1. Los valores religiosos, entendidos en el sentido más noble y cristiano, están ausentes de la mayor parte de la producción cinematográfica mundial.

2. Abundan, sin embargo, las obras que exaltan y afirman los valores y la dignidad de la persona humana, de la familia y de la sociedad, estimulando la conciencia de los espectadores, aunque hay que lamentar que tales resultados se obtengan, con frecuencia, a través de una representación del mal, innecesariamente clara y violenta.

3. Se reconoce el esfuerzo de muchos magníficos directores de todas las naciones para hacer películas que sean juntamente documento, testimonio y mensaje humano, y desean que, a la luz de las enseñanzas de la Iglesia sobre el cine ideal, desarrollen este esfuerzo en un plano espiritual y religioso, para que el cine pueda colaborar en un mayor conocimiento y comprensión entre los hombres que ayuden al mundo a ser mejor.

4. Como término del largo proceso de humanización que ha tenido la temática, la realización y la interpretación del cine, estamos pasando de un cine de superficie a un cine de profundidad, que en adelante debe enseñar a los hombres la fraternidad cristiana de su expresión concreta de ayuda al prójimo.

5. Los realizadores pueden hacer cine religioso por dos

caminos: evocando indirectamente lo invisible, gracias a una estilización de realidad, o describiendo hechos y hombres de manera que en ellos se transparente la oculta presencia y la acción de Dios. En el cine religioso es preferible presentar al público la sencilla práctica de las virtudes cristianas a deslumbrarlo con milagros y apariciones.

6. Los creadores cinematográficos deben mantener no solamente el diálogo entre el artista y el espectador, sino también un intercambio de culturas que favorezcan la comunicación de unos públicos con otros. Así, por ejemplo, en las películas realizadas en territorios de misión no debe limitarse a una simple comprensión del misionero y de su obra, sino a un análisis más hondo y a una exposición sincera de los problemas de esas comunidades.

7. Conviene insistir, una vez más, en la, tantas veces recomendada, necesidad de incorporar a la formación de los jóvenes la cultura cinematográfica, tanto en la enseñanza media como en la universitaria, y en el ambiente no escolar al menos con sesiones de cine forum.

8. Es necesario establecer centros que completen la formación técnica de los futuros profesionales del cine con una formación humana y cristiana que debería seguir un programa internacional, para subrayar, sin nacionalismos la universalidad del hombre y sus problemas.